



LA MEMORIA DE LAS COSAS

Jordi Boldó



LA MEMORIA DE LAS COSAS



EDICIONES MONTE CARMELO

Fotografía del frontispicio: Nuria Boldó, la madre del autor, sobre el esqueleto de un barco camaronero en construcción. Livingston, Departamento de Izabal, Guatemala, alrededor de 1954. Fotógrafo desconocido.

Editor: Francisco Magaña
Diagramación: Verónica Landaverde

a Esmeralda

Primera edición: 2012

D.R. © JORDI BOLDÓ

D.R. © FRANCISCO MAGAÑA
EDICIONES MONTE CARMELO
Zaragoza 103, Sur,
86300 Comalcalco, Tabasco

D. R. © UNIVERSIDAD JUÁR3EZ AUTÓNOMA DE TABASCO
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Col. Magisterial 86040
Villahermosa, Tabasco

ISBN:

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico.

PRÓLOGO

Este libro es un dibujo de mí mismo, un autorretrato disperso y errático de mi vida fragmentada. Le di forma reescribiendo, empalmando y podando varios apuntes y notas sueltas que acumulé con los años. Es un caprichoso conjunto de textos breves que intentan seguir, más o menos, un orden temático, pero cuidando no alterar la naturaleza absurda y contradictoria de la memoria y la reflexión cotidianas. El resultado final viene a ser un espacio de confesión, revelación, esclarecimiento y redención, cargado de experiencias, evocaciones familiares e impertinencias. Ése es el espíritu de estos relatos —algunos reflexivos, otros no tanto— soltados abiertamente, un poco sin rumbo, y atrapados en los engaños del recuerdo y la razón. A veces miento o exagero un poco, sólo un poco, para hacer más interesante la lectura, pero también porque me gusta ver y contar las cosas, no tanto como son, o como fueron, sino como me hubiera gustado que fueran. Con estos íntimos apuntes —algunos ilustrados con fotografías y pequeñas viñetas, como lo hacía en los cuadernos de mis primeros años de escuela—, confirmo que la fragmentación y la dispersión siempre han sido parte de mí, aunque creo que estas cualidades son, sobre todo, propias de nuestro tiempo.

No tengo ninguna pretensión literaria, yo sólo sé contar cosas sin imaginación, al borde de la literalidad. Escribo para entretenerme y porque me gusta pensar por escrito en el sentido de la

vida y en mi oficio de pintor. He pasado muchas horas a solas ocupado en estas páginas; fue fabuloso, he podido hacer un viaje adentro de mí, aunque allí tampoco encontré nada especial. Escribir ha sido un bálsamo, una especie de remedio al desasosiego y a la melancolía. Puede que sea una tontería haber publicado estas lucubraciones que quizá hubieran debido quedarse guardadas en el ámbito privado, pero algo me impulsó a compartirlas. Este es un libro que, a retazos, cuenta —a veces con ironía, a veces con seriedad— parte de mi vida, mi trabajo y mi forma de pensar.

Santiago de Querétaro, noviembre del 2012

PALABRA E IMAGEN

.....

☞ Es probable que me haya dedicado a pintar por mi habitual misantropía, por la sencilla razón de querer estar solo. O quizá, por no tener cabeza para otra cosa. Lo bueno de la pintura es que me ha ayudado a pensar mejor; lo malo, que me ha obligado a sociabilizar demasiado.

☞ Ser pintor es agotador. Hay que ser apasionadamente inquieto, entusiasta, valiente y curioso; creer ciegamente en lo que se hace. Ser paciente, trabajador y conservar la inocencia. Producir con humildad y concentración, tener la virtud de quien se olvida de sí mismo —de su hambre, de su sed. Mirar siempre como si se estuviera aprendiendo a hacerlo por primera vez. Recorrer un mismo camino varias veces y en todas las direcciones; buscar algo donde no haya nada. Y, además, tener la extraordinaria fortuna de atinar, de encontrar después de mucho tiempo, una voz, una imagen propia que diga algo, que interese, que provoque, y que suscite en quien la vea —si esto no es ya mucho pedir— una emoción inolvidable.

☞ Pintar es un acto de vanidad, pero también de resistencia. No hay duda de que para dedicarse a esta actividad, el ego y la tenacidad son tan necesarios como el talento. Sin embargo, sólo

se pinta motivado, con ilusión; motor y escudo que nos impulsa y protege de frustraciones. Para crear hay que tener aspiraciones y disciplina. Ser pintor es picar piedra, ser constante, pero, además, es atreverse a mostrar lo que se pinta, aunque se dude del valor de lo hecho. El artista exhibe su trabajo por ambición; es vanidoso y se esfuerza en mejorar. Visto así, peor que ser engreído, sería no serlo; un poco de narcisismo controlado siempre viene bien para prosperar.

Casi todos los pintores que conozco son arrogantes y se odian entre sí. Sin embargo, se reúnen constantemente para medirse u obtener algún beneficio. Se juntan para compararse y porque necesitan sacar a pasear sus egos, pues no tendría ningún sentido dejarlos guardados en casa. Pocos pintores recuerdo por su modestia, o por su sentido del humor, menos aún, por la brillantez de su pensamiento. Esto, quizá, como consecuencia del trabajo físico y la soledad en que lo desempeñan. Igual que otros artistas, los pintores piensan que sus creaciones son lo mejor de ellos mismos, y por eso sufren tanto con el rechazo de su obra.

En fin, podría decir que —en general— no me agradan los pintores, y que prefiero tratar con escritores y otro tipo de desconocidos.

☞ Procuro mantenerme lejos de la seducción que ejerce la vanidad. Hay algo patético en la actitud de los artistas que creen en la posibilidad de trascendencia. La posteridad no existe, morimos y nos encaminamos directamente a la nada; todos somos olvidados por el barullo y el empuje de los vivos a una velocidad vertiginosa. Soy testigo de cómo muchos famosos en vida, al morir —incluso antes—, se esfuman de nuestra memoria como

el humo. Conozco artistas e intelectuales de los años setenta y ochenta, que no sólo se imaginaron trascendiendo, también creyeron que siempre serían jóvenes y todavía no salen de su estupor.

☞ Cuando empecé a pintar creía en la posibilidad de la perfección. Con el tiempo aprendí la importancia del error. La perfección, no sólo no existe, sino que tampoco ofrece incentivos para mejorar. Los errores y los “accidentes creativos” —hasta los más graves o absurdos— ayudan la imaginación y nos estimulan a seguir sorprendiéndonos. Buena parte de la creatividad consiste en saber aprovechar las equivocaciones, pues éstas suponen la posibilidad de descubrir una nueva poética, aunque al principio nos resulte extraña. Baudelaire decía que “lo bello es siempre extraño”.

☞ En el arte, como en la vida, hay que estar siempre abierto a las sorpresas.

☞ Encontrar lo que uno busca es, sin duda, satisfactorio, pero agradezco mucho más las sorpresas. El regalo de lo imprevisto nos dispone a la posibilidad de lo inimaginable, a la expectativa de lo extraordinario.

☞ La vida está tan llena de cambios y sorpresas, que siempre nos asombra reconocer lo que somos, o lo que fuimos...

Ir a más, es fácil, venir a menos, no tanto.

☞ Me gustan las cosas claras, por supuesto. Pero me interesa más el misterio, lo indefinido, lo contrastado y lo contradictorio.

☞ Es imposible llegar a conocer el verdadero significado de las cosas. Pienso que es bueno que existan los secretos, pues avivan la curiosidad por lo que nos rodea. Yo pinto y escribo por muchas razones, pero la principal, por la posibilidad que me ofrecen de escharbar en el misterio.

☞ Nunca pienso demasiado mientras pinto.

☞ Todo acto creativo empieza con una pequeña idea. Después, y hasta terminar, todo gira alrededor del proceso de trabajo, donde la experiencia juega un papel importante, aunque no garantiza un buen resultado; puede, incluso, ser un inconveniente.

☞ Aunque dentro de mi rutina hay estructuras inamovibles, siempre procuro propiciar algún cambio. La pintura es un arte individualista y tradicional que necesita moverse, variar. Me gusta pintar libremente, hacer lo que se me ocurre en el momento. Improvisar es una de las cosas que más disfruto de mi trabajo. Cuando pinto nunca sé lo que va a pasar... por eso sigo pintando.

☞ Me molesta la obviedad de las imágenes. Seguramente es por eso que me intereso más en la pintura y el pensamiento abstractos, por su magia y por su extraordinaria capacidad de abarcar.

☞ Quizá mi pintura es caótica porque no hice una carrera de artes. No tengo formación académica, pero sí, instinto creativo.

☞ Será por mi natural inclinación a abstraer y a buscar analogías, que siempre procuro encontrar simultáneamente la verdad y la apariencia de las cosas. Generalmente, lo que miramos no es tan extraordinario por sí mismo, sino por la forma cómo lo miramos. Una cuestión es lo que son las cosas, otra lo que parecen, y otra más, lo que nos parecen. Así, en esta compleja relación de percepciones diferentes, de objetividad y subjetividad, todo puede verse como es, como no es, o como se nos antoja que sea. Y es gracias a todas estas posibilidades, impersonales y personales, de presencia tangible e ilusión de los sentidos, que se nos revela la verdad.

☞ Nunca me interesó el realismo. Después de unos cuantos ensayos figurativos me metí de cabeza en la abstracción y empecé a practicar un tipo de pintura de un desbordado gestualismo físico y anímico. Era una pintura impaciente y apasionada que reflejaba mi ansiedad por huir en búsqueda de mí mismo. Entonces, produje arriesgadas series a las que hoy no me gusta del todo llamarlas experimentales.

Con los años superé los arrebatos y mi obra se fue aligerando y estructurando conceptualmente. No es que caminara hacia un esquema propiamente minimalista, pero sí que me esforcé por esencializar y asentar mi lenguaje. En todo arte uno es su propio maestro y aprende de su experiencia.

Desde un principio, mi sistema de trabajo fue la elaboración de series. O sea, explorar intuitivamente a partir de un tema las

distintas variantes y posibilidades que me iba marcando el impredecible hilo del proceso creativo, y, al final, reflexionar sobre lo hecho, y vuelta a empezar. Así, cuadro tras cuadro, serie tras serie, en permanente examen y depuración.

Hoy que repaso mi trayectoria y las circunstancias que la determinaron me hago varias preguntas ¿Y ahora, por dónde voy? ¿sigo o me detengo? ¿modifico en parte, o completamente mi sistema de trabajo? ¿me acerco o me alejo del territorio conceptual? Tengo muchas dudas. No sé si el motor debe de seguir siendo la emoción y el arrebató, o bien, asumo otra actitud e intento nuevas formas de expresión, quizá más racionales y contemplativas. Mientras me aclaro, lo mejor que puedo hacer es tratar de establecer un sano equilibrio entre mi trabajo y mi vida. Últimamente me siento como en punto muerto; no puedo ir ni para adelante, ni para atrás. Estoy atrapado en una obligada espera, y, digo obligada, porque estoy seguro que no depende de mí, sino de condiciones objetivas, ajenas a mi voluntad, que me limitan y acrecentan la incertidumbre por mi carrera.

Trabajar intensamente y viajar, siempre habían sido una buena receta para reencontrarme y desatascar los atorones anímicos y creativos, pero esta vez, ni el trabajo, ni los viajes, me han ayudado a superar este prolongado momento de descreimiento artístico.

☞ Aunque mi pintura se clasifica como abstracta, es evidente que lo que pinto, refleja, de alguna manera, mi realidad. Podría, por tanto, decirse que —en cierta forma— soy un pintor realista.

☞ Interpretar la realidad es más difícil que inventarla.

☞ No es tan fácil distinguir entre ficción y realidad.

☞ Hace tiempo que entré en una especie de huelga pictórica. La verdad, no creo volver a pintar con la misma pasión. Incluso, pienso que podría dejar de pintar para siempre, y —para mi propio asombro— tampoco es algo que me preocupe demasiado. Lo aceptaría, creo, sin mayor nostalgia ni sentimiento de culpa. Sería tal vez un alivio no tener que demostrar nada y sacudirse esa horrible presión de “estar obligado” a hacer lo que me gusta. Me reconforta saber que muchos artistas dejaron de producir y tuvieron vidas más largas y felices que sus propias carreras artísticas. Lo que ahora quiero es vivir tranquilo y vagar por ahí sin grandes preocupaciones, de preferencia, sin alejarme mucho, pues me cansa estar demasiados días lejos de casa.

☞ Hace cuarenta años empecé a pintar y es inevitable hacer un balance. Tengo la sensación de que poco me queda por demostrar. Confesión incómoda, pero no tanto, porque creo haber cumplido, por lo menos, conmigo mismo. No es conformismo, lo que pasa es que cada día me interesa menos la acción y más la contemplación. En todo caso, lo mejor será no caer en extremos, y una forma de lograrlo podría ser pasando la mitad del día dentro de los mundos que invento, y, el resto, fuera de ellos, atento a lo que me rodea. Hay demasiadas cosas que despiertan últimamente mi curiosidad y no quiero solamente *hacer*, también pretendo ser espectador: mirar, leer, meditar.

☞ Con el paso del tiempo mi pintura se ha vuelto menos lírica

y abstracta. Se ha “intelectualizado”, y quizá por ello no me hace tan feliz como al principio. El caso es que me he venido apartando paulatinamente de la pintura al igual que de otras actividades que ya no percibo con el mismo entusiasmo romántico de hace algunos años. Sin embargo, en mi desencanto he ido encontrando otros intereses que refuerzan mi gusto por vivir. Hoy pinto lo justo, sin exagerar, para ir tirando y alejándome de las prácticas intoxicantes que tiene esta profesión. No me preocupa el éxito ni la permanencia, trato de conservar la emoción original y me empeño en marcar una clara línea entre lo artístico y lo personal. Es importante disfrutar la vida, y por eso procuro aprender de mis propios procesos.

☞ Podría resumir mi trayectoria en pocas palabras: libertad, experimentación y, últimamente, cuando creo que mejor lo he estado haciendo, cierta carga intelectual y aburrimiento.

☞ El arte se ha convertido en algo demasiado racional. Ojalá pudiéramos mirar sin prejuicios ni explicaciones. Entiendo la obsesión colectiva por el concepto, pero a mí me gusta el arte que entra por los ojos, que invade la retina, que apasiona sin roles ni teorías. Sólo viendo este tipo de expresiones me dan ganas de pintar. Definitivamente, soy anticuado.

☞ A diferencia de aquéllos que pregonan la muerte de la pintura, pienso que su decadencia no está tanto en ella misma, sino en los propios pintores que la hemos descuidado. De cualquier forma, ser pintor es todavía un privilegio, más ahora que se pue-

de estar fuera de la moda. Es evidente que no son buenos tiempos para dedicarse a pintar, y por eso quisiera tirar la toalla y hacer otra cosa. Me detiene saber que gracias a este oficio logré conquistar un territorio, un espacio personal que me ha hecho feliz, que aún me ayuda a conocerme y que me permite comunicarme sensiblemente con los demás a través de un lenguaje entretenido, mágico y poderoso.

☞ ¿Muerte?, o asesinato de la pintura.

☞ No me gustan los entusiastas, ni los optimistas. Sin embargo, y por extraño que parezca, todavía me planteo seguir siendo un pintor abstracto en pleno siglo XXI. Espero que este tipo de pintura se aprecie por mucho tiempo.

☞ Está claro que todo termina. Y aunque casi siempre he estado por la innovación, a veces me aferro a la tradición. Me cuesta mucho aceptar el precipitado fin del arte moderno, etapa muy reciente, que dio lugar a un extraordinario universo visual.

☞ Aunque soy enemigo declarado de criterios conservadores y tradicionalistas, no logro dejar de cuestionarme sobre el valor del arte contemporáneo, de su importancia en una sociedad como la nuestra, tan temerosa y superficial, como mercantil y falta de identidad. Acepto que hay muchos tipos de belleza, pero es evidente que el arte de nuestros días no tiene, lo que se dice, “buen gusto”. Salvo contadas excepciones, es una forma de ex-

presión que exalta lo feo y lo vulgar, una moda que engendra, por lo general, propuestas de poca calidad, cuanto más superficiales y groseras, mejor.

☞ El arte contemporáneo me produce sentimientos encontrados. Hay trabajos fantásticos y excepcionales, pero lo común es toparse con la majadería, la superficialidad y el vacío. La mayoría de las cosas que he visto son expresiones vulgares que me dejan sumido en la decepción y la incredulidad. Quizá siempre ha sido igual, pero hoy, más que nunca, vivimos perdidos en la banalidad y el consumismo. El arte está invadido por la mercadotecnia y la tecnología. Las artes visuales —en especial— dependen demasiado de la literatura. La palabra ha sustituido al objeto. Sin duda, todo acto creativo necesita de la reflexión, pero la retórica se ha vuelto demasiado protagonista. Hay cosas que no puede suplantar la teoría, y ésta, abusa innecesariamente.

El arte actual es un arte pervertido, conceptuoso (no conceptual) y desobjetivado. Hay una exagerada influencia del diseño, tendencia que desde hace tiempo ha venido transfigurando un territorio en el otro y que mucho contamina al campo artístico. Otro problema, originado del relativismo cultural que nos caracteriza, es que todos quieren ser protagonistas —lo hagan bien o mal. Cualquiera muestra su trabajo, y, además, espera tener éxito.

Hace poco escuché que con el arte contemporáneo nunca se sabe si lo que vemos es arte o basura. La verdad es que nos dejamos engañar por nuestros complejos intelectuales, y callamos cuando, indudablemente, nos quieren tomar el pelo. La gente es incapaz de saber lo que le gusta, y espera que alguien venga y se

lo diga. El miedo a parecer ignorantes, o a estar fuera de la moda, lleva a muchos a elogiar verdaderos disparates.

Hoy el arte sobrevive gracias a la ignorancia y la desfachatez artística elevada a la categoría de mito, pero, sobre todo, por el cinismo de críticos, comerciantes y funcionarios culturales que abusan de la estupidez colectiva para encumbrar a unos cuantos impostores y rodearlos de un aura de grandeza que poco tiene que ver con la calidad, y mucho con el esnobismo.

☞ El arte es frivolidad, pero también, todo lo contrario.

☞ Éxito y calidad son conceptos independientes. Éxito y felicidad, son —sin duda— dos conceptos subjetivos.

☞ Para apreciar la pintura lo mejor es dejarse llevar por los ojos y el corazón, no por la cabeza, o peor aún, por las orejas.

☞ Nunca me ha interesado demasiado la biografía de los artistas. Vida y obra son dos cosas diferentes. Me parece absurdo que Van Gogh sea más conocido por la anécdota de su oreja mutilada que por su pintura.

☞ La celebridad y la trascendencia son un puro accidente. ¡Que cansancio ser alguien! ¿Cuál es la necesidad de querer destacar? Lo mejor es vivir discretamente, lejos de la fama; a fin de cuentas, un día morimos, y eso fue todo.

☞ No entiendo por qué tantos colegas se dedicaron a la pintura, y menos, si a lo que le tiraban era al éxito, a la fama.

☞ *Aviso:* Con el fin de intercambiar puntos de vista, propongo una reunión urgente de fracasados. Artistas, intelectuales y población en general interesada, favor de anotarse en la lista.

☞ La tendencia o el estilo por sí solos no son criterios suficientes para determinar la calidad de una obra. Un artista no es malo por el hecho de practicar determinada tendencia, sino porque lo que hace en particular —sea abstraccionismo, realismo, o arte conceptual— carece de calidad. Sería absurdo criticar a Jorge Negrete y a Pedro Infante por la simple razón de que no nos guste la música ranchera.

☞ Los críticos de arte contemporáneo prefieren el calificativo menos comprometido de “emergente”, al vocablo “nuevo”. Esto, como una indudable evidencia de su mala fe y extraordinaria habilidad retórica y mercantil. Por mi parte, me considero un pintor “sumergente” que no encaja fácilmente con los tiempos que corren.

☞ Muchos críticos de arte son huecos, no dicen nada. Se limitan a hacer reseñas insulsas y a dar datos técnicos superficiales. Me conozco su rollo de principio a fin. Sus críticas son tan vacías, que podría decirse que más que críticos, son unos simples comentaristas de arte.

☞ Hablen bien o mal de lo que ven, los críticos de arte son, en general, personas antipáticas y arrogantes que dejan caer sus opiniones sobre los artistas como si estuvieran haciéndoles un favor.

☞ Al igual que algunos críticos, hay artistas que son maestros del resentimiento, del despecho. Esto, porque confunden su particular universo personal y profesional con la realidad de todos; se creen el ombligo del mundo. Es un achaque, también, bastante común entre los intelectuales.

☞ La crítica no debe de destruir, más bien, todo lo contrario. La labor del crítico debe ser la de transformar la opinión en conocimiento.

☞ Lo malo de la crítica es que siempre es retrospectiva; se ejerce a toro pasado, cuando las cosas ya están hechas.



☞ ¡Vaya. Lo que hay que aguantar en este trabajo!

☞ Siempre que muestro mi pintura me invade un extraño y fastidioso sentimiento de desconcierto. Siempre que doy clases, termino exhausto y preocupado. Sin embargo, sigo participando en exposiciones y sigo dando clases ¿Seré tonto?

☞ La docencia me ha servido para aprender, no para enseñar.

☞ Mandamos a nuestros hijos a escuelas plagadas de profesores ignorantes.

☞ Creo que el arte no se puede enseñar; que lo mejor que podemos hacer los que nos dedicamos a la formación artística es motivar adecuadamente la voluntad de quienes quieren adentrarse en la aventura de la creación. Pienso que una buena estrategia de enseñanza debe de pasar por tres etapas:

1) partir de un tema interesante; 2) generar un proceso original e intuitivo, marcado por la sencillez, la sobriedad, la exigencia y el gozo del trabajo concentrado y en silencio, y, 3) sacar conclusiones del resultado obtenido, aceptando que en el arte nunca hay nada terminado, y que nadie tiene la última palabra.

☞ Dibujar es un extraordinario ejercicio de meditación.

☞ A diferencia del arte, en diseño es importante hacer cosas bellas, pero, sobre todo, útiles.

☞ Hace tiempo que me cansé de asistir a inauguraciones, conferencias, entrevistas, premiaciones, etcétera, donde hay que fingir cordialidad y tratar con horribles personajes que se comportan como si fueran una celebridad.

☞ No conozco una forma mejor de estar que trabajando. Pasar un día sin pintar, escribir, o hacer algo útil, es demasiado triste para mí; no dedicarme a lo que me gusta es una auténtica tortura. Un fin de semana, no digamos unas vacaciones largas, sin ocuparme de lo mío, es tan aterrador como despertar y no poder ducharse ni tomar café con leche.

Mi taller es un santuario, el lugar donde nada se estanca y donde pasan las cosas que más me importan. Es el sitio donde estoy más contento, entregado en cuerpo y alma a mis deberes, absorto en cualquier actividad que me descubra en ella y que me haga olvidar todo. Un trabajo hecho con atención y entrega es, por sí mismo, una gran recompensa, la mejor manera de escapar del infierno. Trabajar es encontrar la paz.

☞ Si bien es cierto que me mantengo ocupado en una u otra cosa, la verdad es que llevo demasiado tiempo sin nada específico que hacer. Después de una vida muy agitada, empiezo a gozar de bastante paz, pero me entristece mucho la falta de proyectos. No me acostumbro a la inmovilidad, a la falta de sueños, a la crisis, a la austeridad. Y no es que quiera vivir en los excesos, ni en el derroche, pero esta forzada pasividad me arrastra por momentos a la depresión. Lo dijo Emil Ciorán: “el sentimiento más penoso de la existencia es el de sentirse inútil”. Quizá, debería de empezar a hacerme a un lado, sé que ahora le toca a los

jóvenes, pero yo quiero seguir haciendo cosas, no como lo hacía hasta hace poco, con ese voluntarismo lastimoso, pero tampoco quiero detenerme. Siempre he sentido una gran impaciencia por hacer; llevo muy mal el ocio, la paso muy mal. Además, me parece que resignarse al sedentarismo es una forma de anticipar la muerte.

☞ Siempre estoy muy atento a mis propios procesos. Reflexionar sobre lo hecho, y más aun, sobre cómo se hace, es una buena forma de encontrar soluciones. Una adecuada estrategia de trabajo no debe ser inflexible, ni obligarnos a seguir un plan preestablecido. A veces se tiene claro hacia donde ir, a veces no, y, para avanzar, no siempre debemos caminar en línea recta, o hacia adelante; a veces es necesario detenerse, zigzaguear, hasta retroceder. Lo obvio no siempre es lo mejor.

☞ Siempre me atrajo lo visual, pero también la palabra. En ambos lenguajes, me interesa la belleza que surge por azar.

☞ No basta con pintar o escribir, sobre todo, hay que decir algo, proponer alguna cosa.

☞ Para mí la pintura es una expresión física, sensual, mientras que la escritura es una tarea intelectual, y —para mí— complementaria. Me gusta tratar con las palabras, pero prefiero vivir como pintor. Pintar me cuesta menos y me permite comunicar lo que quiero con más naturalidad.

☞ Escribo sobre mi pintura para acercarla a los demás. También para apuntalarla, y quizá por miedo a ser juzgado como un artista sin discurso, sin concepto.

☞ No me gusta sobrecargar las cosas que hago, sin embargo, debo de reconocer que me cuesta mucho trabajo ser conciso. Cuando pinto o escribo trato de ser directo, ir al grano; además, procuro ser claro y esencial. Me fatiga mucho más escribir que pintar, quizá porque me resulta demasiado difícil ubicar cada palabra en su sitio, revisar cada frase y sopesar cada posibilidad. Es una tarea agotadora. Pintar me parece algo más relajado, más natural y espontáneo.

☞ Casi todo lo que pinto y escribo tiene que ver con lo que vivo, más que con lo que pienso. Son mis propias experiencias las que me dan la pauta y las ideas que voy a desarrollar.

☞ Escribo como pinto: arbitrariamente, pero siempre procuro encontrar un orden, una lógica. Al pintar, aviento caprichosamente los materiales sobre el soporte; después, busco darles un sentido. Lo mismo hago con las palabras, pero aquí el procedimiento no funciona tan fácil. Finalmente, en ambos casos, no me preocupa demasiado el resultado.

☞ Al escribir necesito el silencio que me conecta conmigo, ese silencio que me permite observar hacia afuera y hacia adentro al mismo tiempo.

☞ No puedo escribir con interrupciones. Necesito mucha concentración y un silencio casi absoluto. Quizá por eso me gusta escribir, porque me obliga a estar en una sola cosa, a diferencia de la pintura que me permite la dispersión. Mientras pinto puedo atender varios asuntos.

☞ Leer y escribir son las formas más depuradas del lenguaje, pero conversar es, sin duda alguna, la mejor manera de comunicarse.

☞ Intento hablar y escribir correctamente, pero no siempre puedo. ¡Qué difícil es expresarse bien! Hay cuestiones que no se pueden decir como uno quiere, quizá por la propia naturaleza del lenguaje, que es mucho más complejo y misterioso de lo que parece. La palabra —aunque tiene un evidente poder esclarecedor— es un raro murmullo que esconde trampas inevitables.

☞ Sin hablar, con su simple presencia, se comunican los verdaderos amantes. Ellos saben, también, que las palabras más crueles suelen decirse en silencio.

☞ La hipérbole viene a ser para el escritor lo que el cambio de escala para el artista visual; la elipsis, un esfuerzo minimalista, y la tautología, la repetición y la idea de serie.

☞ Somos lo que hablamos. Cuidar el lenguaje debería de ser

una prioridad. La palabra nos hace mejores, nos une, nos permite entender y sentir. Pero, también, tiene el poder de engañar, descomponer y destruir. La palabra explica la realidad de muchas maneras y puede alejarnos o acercarnos a ella.

☞ La palabra es la mejor herramienta para explicar la realidad, pero, también, para enmascararla.

☞ Aprecio a quienes se expresan con frases cortas y precisas. Agradezco, además, que se usen palabras sencillas.

☞ En una auténtica comunicación personal, así como en cualquier expresión artística, los adornos salen sobrando.

☞ Nadie puede sentirse orgulloso de una lengua contaminada, asfixiada por los medios de comunicación y moldeada por una cultura subordinada. El amor a la palabra empieza en la familia y en la escuela. Sólo a partir de ahí es posible dar la batalla a la ignorancia, a las expresiones vulgares y a los lenguajes alterados que adoptamos con tanta ligereza.

☞ Es triste el analfabetismo, pero inconcebible —y sobre todo una vergüenza— que no lean los que saben hacerlo, los que tuvieron la oportunidad de aprender.

SERIES

.....

LIBERTAD, JUSTICIA, DEMOCRACIA

☞ Reflexionar sobre la libertad, la justicia y la democracia ha sido desde siempre una exigencia ética, tanto personal como colectiva. La urgencia por reivindicar estas ideas que orientan nuestra conciencia es algo que se ha venido expresando desde siempre. Mi interés por hacer una serie pictórica con estos tres conceptos que percibo como nociones abstractas, ideales e imposibles de alcanzar en su totalidad, obedece al deseo de sumar mi voz al esfuerzo colectivo.

Por ser mi tendencia una exploración en el campo de la abstracción, nunca me ha interesado narrar historias o anécdotas a través de la pintura; más bien, siempre he ensayado distintas posibilidades interpretativas y abstractas para encontrar, a partir de un tema elegido y mi propia subjetividad, nuevos signos y constantes expresivas. Así, orienté este conjunto por íntimos mecanismos asociativos —quizá irónicos y erráticos— con la intención de conectarme con los demás de una manera menos retórica, más libre y espontánea, y más acorde con mi manera de ser. No acostumbro ver los asuntos serios de manera solemne, y por eso —pero sin afán de ofender a nadie, ni restarle importancia a la libertad, a la justicia y a la democracia— abordé estos conceptos con cierta irreverencia. En todo caso, evité caer en algún tipo de caricaturización o simbolización demasiado obvia.

No es mi interés hacer política con la pintura, ni proponer nada; mi preocupación se limita a pintar lo mejor posible.

TRASLACIONES

☞ Esta serie es producto de una íntima valoración y revisión crítica de mi producción anterior, concretamente de las series *Silencios* (1988-90), *Enigmas* (1990-91), *De lo uno a lo otro* (1992), *Revelaciones profanas* (1992-94), *De cuerpo presente* (1994-95) y, *Libertad, Justicia, Democracia* (1995-96). El propósito aquí, fue asumir una actitud más reflexiva a partir de reconocer y decantar ciertas formas o atmósferas consideradas como propias.

Cada vez que termino una serie acabo exhausto, vacío. Y, hasta que me embarco en un nuevo proyecto, sufro una dolorosa sensación de estancamiento. Es un sentimiento que más o menos logro mitigar cuando me pongo a revisar lo hecho anteriormente, y no tanto en los resultados, como en sus procesos. Si bien es cierto que he realizado algunas pinturas más o menos preconcebidas, la mayoría de las reflexiones las hago sobre la marcha, mientras pinto, o bien, cuando doy por terminada una pieza. Sin embargo, las cavilaciones de mayor hondura, aparecen siempre, a manera de conclusión, al terminar cada serie.

Como ya he dicho, construyo mis series a partir de un tema concreto, pero, también, a partir de vaguedades e imprecisiones que irán tomando forma durante el proceso. Pongo límites (flexibles) y empiezo a buscar variantes; me guío por la intuición y dejo que la inventiva fluya libremente para que las cosas evolucionen de manera natural. Me mantengo muy atento al desarrollo de cada pieza y al sistema que genera el proceso por sí mismo creando sus propias leyes. Al final, reflexiono sobre el resultado, pero más aún, en cómo llegué a él. Así, en la deliberación de cada pieza y cada serie, voy acumulando experiencia y destreza, lo que me permite no tener que empezar siempre de cero. Y no es que esto me moleste demasiado (a veces es una ventaja), pero

gracias a este sistema de trabajo he podido llegar más lejos. Es una manera más cómoda de “avanzar”, y digo cómoda, por decirlo de alguna manera; si hay algo que no importa en el trabajo creativo, es precisamente la comodidad.

Como decía al principio, esta serie tiene su origen en la revisión de lo hecho en seis series anteriores, conjunto al que, en su totalidad, consideré como experimento preparatorio y punto de partida para rescatar, trasladar y subvertir ciertos elementos técnicos, formales y conceptuales característicos de mi antigua pintura. De ahí su nombre: *Traslaciones*. La serie puede, por tanto, verse como un ejercicio autorreferente, aunque es, sobre todo, una exploración abstracta y desprejuiciada que intentaba tender puentes a la figuración, o, dicho de manera más precisa, a la representación.

Siempre he procurado que mi pintura evolucione, pero sin traicionar su origen o perder lirismo y pasión; en otras palabras, que se resuelva con el mayor rigor posible pero y sin descuidar su identidad. En esta serie quise practicar una pintura más contenida, que no me avasallara pero que siguiera subordinando la razón a la emoción y la teoría a la práctica. Cultivar en estos tiempos el abstraccionismo, sea gestual, informalista, lúdico, explosivo, reflexivo o conceptual, puede llevarnos a un falso romanticismo, dogmático, y por lo tanto, ridículo, actitud que proviene de una anticuada concepción heroica que se tiene del artista. Otro riesgo de practicar esta tendencia, es el de caer en el más insulso de los decorativismos, criterio muy celebrado por galeristas y público en general, pero que me parece reprochable en cualquier artista.

LA REALIDAD DE LAS COSAS O ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Llegar a la “pureza” de la mirada no es difícil, es imposible.

Walter Benjamin

Poéticamente habita el hombre la tierra.

Höelderlin

☞ ¿Qué es crear? ¿Cuál es el origen y la naturaleza del acto creativo? ¿Es la creación un chispazo, un misterio, o una simple casualidad? ¿A qué se debe que el creador se apasione con su trabajo? ¿Cómo se crea? ¿Es posible objetivar una idea o transmitir un sentimiento a través del color, el dibujo y la materia? Éstas, son algunas de las preguntas implícitas en *La realidad de las cosas o Alicia en el país de las maravillas*, serie en la que reflexiono sobre el acto creativo, no tanto como actividad generadora de objetos, habilidad o ejercicio intelectual, sino como fuerza por la que el hombre, y particularmente el artista, lo apuesta todo.

A veces los creadores omiten reflexionar sobre el tema de la creación, y es por eso que muchas veces no comprenden bien lo que hacen. Ocuparme de este asunto me pareció importante porque creí que podría ser una poderosa herramienta para pintar mejor. De cualquier manera, pienso seguir subordinando la teoría a la práctica, pues me interesa mucho más pintar que teorizar. Reconozco, además, que en mí, esta labor académica, resulta bastante artificial y absurda.

El arte es un universo de múltiples lenguajes y expresiones que da lugar a una infinidad de regiones, intensidades, transfigura-

ciones, desplazamientos y distorsiones. Es un espacio de intersecciones, encuentros y desencuentros; diálogos y monólogos; zona donde se producen diversos fenómenos de comunicación, y en donde es posible emigrar de un campo a otro a través de escenarios en los que nunca se puede decir la última palabra.

Desde siempre mi pintura ha querido romper con la causalidad unilateral, la interpretación restringida y la simple reproducción de la realidad. Bajo estos principios, en *La realidad de las cosas o Alicia en el país de las maravillas* la linealidad del tiempo y la idea de “progreso” son suplantados por un tipo de abstracción donde lo creado es sometido a distintos tratamientos formales y a diferentes ritmos y contextos con la intención de generar múltiples finales y puntos de partida, y en donde las historias — propias y ajenas— se conectan, desconectan y traslapan en contextos que ofrecen la posibilidad de encontrar su sentido desde varias perspectivas.

La realidad

Entiendo la realidad como lo que son las cosas que existen fuera de nosotros y que nos determinan inevitablemente. Conocerla nos hace libres y capaces de explorar nuevas rutas, pero no es tarea fácil porque la realidad se nos presenta envuelta con engañosos velos. Para quitarlos, hemos recurrido, entre otras soluciones, a explicar las cosas mediante irrealidades, con la ficción. La fantasía ha demostrado ser una adecuada forma de descifrar el mundo objetivo. Para Aristóteles un objeto no sólo es real por su naturaleza verdadera y permanente, sino —y fundamentalmente— por sus propiedades accidentales y cambiantes, por lo que nunca se debe de pensar la realidad en términos definitivos, sino ser percibi-

da con flexibilidad y postergando cualquier conclusión final. La realidad nunca está decidida del todo y siempre necesitamos nuevas explicaciones. Pero no sólo las explicaciones, tampoco nos complace la realidad en sí misma. Soportamos muy poco la rutina y la monotonía, y por eso nos empeñamos en modificar las cosas; una generosa insatisfacción nos empuja constantemente a reinterpretar y transformar nuestro entorno a partir de nuevas ideas y soluciones que abstraemos del mundo conocido. El hombre siempre encuentra alternativas para cambiar su universo. Esto, gracias a su inteligencia y a su especial capacidad de hacer analogías e inventar desde una perspectiva crítica y diferente nuevas realidades. Crear es precisamente eso, encontrar variantes, saltar a lo desconocido para ver lo que nadie ha visto; vivir una sensación parecida a la de caer dentro de un pozo en el cual, al igual que Alicia, no se atina a comprender si es muy profundo, o si se cae lentamente.

Dentro de la gama de opciones que tiene el artista, éste escoge una particular vertiente de realidades que le abren a la posibilidad de descubrir nuevas analogías y experiencias susceptibles de compartir, traducir e interpretar de infinitas maneras. Así, la tarea del artista consiste en introducirse en un espacio original y crear, a partir de una voz propia, una nueva realidad.

La imaginación

El pensamiento lógico es indispensable para el artista, pero también, la fantasía, el mito, el sueño y la alegoría. La imaginación es una fuerza capaz de llevarnos a zonas insospechadas; el elemento poético y visionario más poderoso y comprometido con la inventiva. Según San Agustín, imaginar es “producir imágenes en el pensamiento a partir de cosas corpóreas y sensa-

ciones que se pueden recordar, distinguir, multiplicar, reducir, extender, ordenar, trastornar o recomponer del modo que nos plazca". Imaginar es suponer realidades, pensar las cosas que no son, pero que podrían ser; hacer extraordinario lo ordinario, construir puentes entre lo posible y lo imposible. Pero la imaginación no es totalmente libre e inocente; depende de la voluntad. Los creadores deben aprender a conjugar emoción, imaginación, rigor de pensamiento y dedicación, además de tener conocimientos profundos, hábitos rigurosos, paciencia y tenacidad. Goethe afirmaba que la primera muestra de talento es la voluntad, y que la valentía, la decisión y el ánimo forman parte de la inventiva humana; decía que inteligencia es saber pensar, pero también, tener el valor de hacerlo. Stendhal escribió que el arte y el amor no son simples pasatiempos o tareas para cabezas y corazones huecos; dijo, además, que éstas son las dos experiencias vitales que mayor concentración y dedicación demandan.

Con el fin de alcanzar cierta coherencia, los artistas ponen, si no límites, sí ciertas reglas a la imaginación, privilegiando y disponiendo, según su criterio, los distintos elementos que intervienen en su trabajo. De cualquier manera, sus nociones nunca dejan de desplazarse en terrenos movedizos, de incertidumbre, y esto se debe a que en cualquier ejercicio imaginativo es imposible saber qué pasará. Entiendo la imaginación como un mágico y afortunado destello, desordenado, desconcertante y liberador.

La creación

Cualquier acto creativo deriva de procedimientos intuitivos y reflexivos en donde las cosas evolucionan de acuerdo a un sistema que se autogenera y establece sus propias leyes. En mi caso, pintar no es algo preconcebido; es ante todo, un ejercicio espon-

táneo, donde el análisis, la deliberación, se da durante y —sobre todo— después de la objetivación. Aunque a muchos les molesta que lo diga, yo primero pinto y después pienso; primero hago y después busco la justificación racional. Esto, porque me interesan mucho más los procesos que el concepto o el resultado mismo. Es mi forma de trabajar, aunque sé que hay otras formas de hacerlo.

Cuando pinto me mantengo concentrado, en tensión. La tarea conlleva riesgo, me oprime y libera a la vez; es incierta y azarosa. Comienzo espoleado por la necesidad de hacer algo, por la urgencia de convertir una cosa en otra. Parto de una idea vaga, de un trazo, de una forma, de un color. Al principio, la imagen es imprecisa, borrosa en la mente, en el esbozo y hasta en la propia obra. Casi nunca tengo una idea clara y definitiva. Luego, esa incipiente noción se somete a la habilidad de la mano, y así, lenta, espontáneamente, a manera de rito y esfuerzo, van apareciendo los hallazgos que irán tomando su forma definitiva. Nunca puedo predecir el resultado y avanzo a ciegas; dudo, me atasco, retrocedo, me pierdo. Al fin, no sé exactamente cómo, llego a algo. Mientras trabajo, reflexiono y acumulo experiencia; quien haya pintado sabe de lo que estoy hablando, y lo difícil que es. También sabe que muchas veces, lo que no se logra trabajando arduamente, puede alcanzarse cuando la atención flota a la deriva, pues, si bien es cierto que cualquier actividad artística encierra un importante contenido intelectual, algunas soluciones no surgen precisamente cavilando, sino cuando nos desligamos de ataduras y prejuicios. No conozco caminos definitivos que encaucen la producción artística. Creo que es una actividad que se rige por una especie de instinto regulador del complicado juego de propósitos, vaguedades, certezas, preferencias y cálculos que intervienen

en ella. Crear es una experiencia singular en la cual las cosas se relacionan entre sí a través de vínculos congruentes, pero, también, ajenos a cualquier lógica común. Por eso, es una actividad relativamente ingobernable que se produce de manera libre y extraña. Libertad y rareza que le otorga, precisamente, su fascinante particularidad poética y humanizadora.

El arte proviene de una poderosa inquietud humana que se manifiesta a través de la subjetividad de aquellos creadores que logran conectarnos con nuestro origen por medio de la exaltación de las emociones. Crear es creer; acto de fe que trasciende a la razón para convertirse en actividad sacralizada y ritual de comunicación lleno de misterio y valor simbólico. Crear es un acto ajeno a la lógica de la vida práctica, y —por lo tanto— fuera de cualquier utilidad. La destreza del creador es un enigma. Sin embargo —y a pesar de la soberbia de los propios artistas—, esta capacidad no les es exclusiva. Joseph Beuys señalaba que cualquiera puede moldear o transformar la realidad a partir de un simple acto; y es precisamente la suma de todas las creatividades humanas el mayor capital con que contamos.

Cuando el hombre crea, satisface la natural necesidad de conocerse, de explorar su espíritu. Crear es saber, y eso significa adquirir el poder mágico de develar misterios. Toda creación es un aprendizaje sagrado; sabiduría materializada en ideas y objetos que aparecen gracias a la combinación de una especial habilidad y ciertos utensilios, muchos de ellos simples y pequeños, como un lápiz o un pincel. Pero crear implica rutinas lentas y complejas, así como intrincados procesos mentales, como percibir, aprender, discriminar, abstraer, asociar, intuir, sintetizar, comparar, conceptualizar, disparatar, memorizar; incluso, olvidar. Borges decía que “la actividad creativa está siempre suspendida entre la memoria y el olvido”.

Una obra de arte es el fruto de un complicado sistema de preferencias. Crear es elegir, y la elección es —sin duda— el aspecto más delicado del trabajo creativo, que si bien es cierto se rige por reglas libres y hasta contradictorias, nunca son arbitrarias. Paul Valéry afirmaba que “las tres cuartas partes de un trabajo bien hecho consisten en rechazar”, y David Perkins decía que crear es el proceso de seleccionar gradualmente entre una infinidad de posibilidades. Como vemos, el asunto no es sencillo, pero eso no quiere decir que el arte sea algo incoherente o fortuito, pues es evidente que tiene una lógica muy precisa. Crear va ligado a buscar, y en esa búsqueda, echamos mano de todos los recursos; cualquier estrategia es válida para superar las barreras que nos separan de la meta. Crear es hallar soluciones, consciente o inconscientemente; es estar inmersos en una combinatoria infinita. Podemos decir que el acto creativo fusiona lo anímico y lo reflexivo en una actividad de gran concentración, y donde percibir, pensar, sentir y hacer se vuelven una sola acción.

No quisiera restarle importancia a las interpretaciones psicológicas del arte, pero siempre me ha parecido excesivo explicar la creatividad como resultado primordial de las funciones psíquicas. Es evidente que todo arte refleja nuestra personalidad y obsesiones, pero me parece que lo creativo no nace tanto del inconsciente freudiano (instintos, complejos, deseos inhibidos o recuerdos traumáticos) como de la inteligencia, de la percepción intuitiva y de la subjetividad de cada artista. Jacques Maritain opinaba que esa inteligencia se moldea en los primeros años con el juego infantil y que “es parte del alma y de la estructura intelectual de cada individuo”. Yo creo también, que el origen de la creatividad se halla en el espíritu del niño, del “salvaje”, y por eso considero que para crear hay que aprender a añiarse el alma.

La serie

Al igual que otras series, *La realidad de las cosas o Alicia en el país de las maravillas* parte de mi propia experiencia y del interés por subvertir mi lenguaje anterior. Es un conjunto marcado por la especial exaltación amorosa que vivía durante los días de su producción y por la relectura de *Alicia en el país de las maravillas*. Revisar las constantes formales y temáticas de mi pasado, reinterpretar lo hecho y derivarlo en una nueva serie que explore diferentes caminos de libertad expresiva, ha sido mi sistema de pintar. Sistema en el que lo más importante ha sido asumir el acto de pintar como ejercicio de libertad, más que como actividad tradicional vinculada a la belleza.

La elocuencia del texto de Lewis Carroll no sólo me animó a reflexionar sobre el tema de la creación y el papel del artista; inspiró también, varias de las piezas de la serie. En las aventuras de Alicia se desborda la imaginación y coinciden la razón con el sin sentido; la obra inventa situaciones, palabras, códigos y acertijos en un desenfadado y alucinante lenguaje. Con su relectura y pintando la serie, entendí mejor que nunca la importancia de la analogía en el arte; pude constatar que toda creación es metáfora, alegoría susceptible de infinitas interpretaciones.

Si bien es cierto que con esta serie me esforcé un poco más en teorizar y acercarme al concepto, en esencia, sigo sin traicionar (y no porque cambiar me importe demasiado) mi vocación lírica y gestual. Lo que sí creo haber conseguido, fue romper con algunos prejuicios y dogmatismos pictóricos que venía arrastrando, y lo logré pintando con ironía, sin tomarme demasiado en serio. Esta serie representa para mí, desahogo y sorpresa, pero también, promesa de nuevas rutas. En ella, eché mano del recurso de construir polípticos a manera de rompecabezas trasmutables,

en los que cada pieza se convierte en intersección virtual de nuevas posibilidades. Así, el enorme cuadro titulado “La realidad de las cosas o Alicia en el país de las maravillas” que consta de cuatrocientas veinte piezas permutables, constituye un vasto ejercicio que puede observarse como un todo, o bien, desde cada una de sus partes. Cada fragmento es punto de partida y garantía de poder desarrollar un cúmulo de posibilidades.

Con esta serie reafirmo la necesidad de buscar nuevos caminos tantas veces como sea necesario; y aun más, cada vez que lleguemos a una conclusión, ya sea que aparezca en forma de imagen abstracta o indique un desvío hacia la representación.

Hasta aquí mi reflexión sobre *La realidad de las cosas o Alicia en el país de las maravillas*, serie que me deja más preguntas que respuestas. Para terminar y a manera de conclusión, quisiera decir que lo mejor sería renunciar de una vez por todas a racionalizar la pintura; las explicaciones salen siempre sobrando. Lo importante es mirarla. Ya lo dijo Octavio Paz: “la pintura no entra por la cabeza, sino por los ojos”.

MAPA DE ENSAYOS

☞ *Mapa de ensayos* es exploración y registro temporal de la memoria a través de temas e ideas dispares y de la transposición del pensamiento nómada a la imagen.

En contraposición a series anteriores, más codificadas y heréticas, este conjunto navega sin rumbo y explora a la deriva sin condescender con el agobiante rigor de toda serie y su natural articulación y coherencia; es un dejarse ir, una aventura despreocupada para aligerar la carga conceptual y abandonar de una vez por todas prejuicios y dogmatismos.

Conjunto heterogéneo, que si bien parece incoherente en su planteamiento, es una sana toma de distancia para reanimar y liberar a mi bagaje creativo de una inercia que por momentos se torna asfixiante, angustiada. Esta serie intenta ser aliciente; alterar el orden de mis procesos y volverme a la dispersión para reconocermé en lo esencial. Por tanto, deber ser entendida como una digresión o paréntesis recreativo, y como un vistazo a vuelo de pájaro sobre un mapa de rutas migratorias desconocidas. *Mapa de ensayos* no contemporiza con la articulación coherente o la mirada crítica, y tampoco se amolda a formalismos concretos. Es un paseo por paisajes austeros y vaporosos como la huella de la mirada, la ambigüedad del espacio, la discreción del tiempo o la gracia del movimiento. Conjunto que es distancia, ausencia, trayecto, desvío y estación. Bitácora de pérdidas y naufragios, búsqueda de nuevos rumbos y de otra voz —propia o robada. Serie sin pretensión de sacar conclusiones o dictar moralejas. Conjunto que, a fin de cuentas, es un reflejo de la crisis de los códigos de nuestro tiempo.

HALLAZGOS A LA DERIVA

[Cuando me pierdo encuentro el camino]

*...el arte es una aventura hacia un mundo desconocido
que sólo pueden explorar quienes estén dispuestos
a correr el riesgo.*

M. Rothko

☞ Si bien mi pasión por pintar se ha vuelto menos compulsiva, no me imagino desempeñando otra actividad. La pintura siempre ha estado cerca de mí, ya sea como promesa, como necesidad o como forma de vida. Convivo con ella desde la adolescencia y me sería muy difícil dejarla, aunque por momentos me canse o pierda motivación. La pintura vive tiempos difíciles, de desprecio, de desconcierto y manipulación; sin embargo —no sabría explicar porqué— creo que se avecina un retorno a lo pictórico, tanto en espacios formales, como alternativos.

Si bien es cierto que la pintura abstracta ya no es una tendencia joven, pienso que continúa vigente. Practico el abstraccionismo por vocación, porque es una forma de expresión libre, irónica e irreverente, y porque no conozco mejor manera de contrarrestar la agobiante realidad. Por ahora, no me interesa acercarme a estilos y lenguajes más contemporáneos; tampoco me gustaría caer en tontas actitudes “heroicas”, de resistencia o rescate. Sé que hay cosas que debo de cambiar en mi pintura, pues, tal y como van las cosas, la continuidad de mi carrera corre peligro. Seguiré pintando —eso seguro. No exagero si digo que me va la vida en ello, pero tampoco pienso traicionarme en lo que creo.

Aunque no lo parezca, hago siempre lo posible por no racionalizar demasiado mi pintura. Para ello, procuro mantenerme lejos de conceptos, teorías y demás visiones paralizantes,

orientándome por la espontaneidad, la emoción y la flexibilidad, aspectos que me parecen tan importantes como la experiencia acumulada. Desde siempre mi pintura ha sido una especie de juego fortuito y analógico al que tarde o temprano debo de buscarle laboriosamente una explicación; urgencia que —reconozco— es más una labor complementaria, quizá neurótica, que propiamente artística. Tener que explicar mi trabajo se ha convertido, muchas veces, en una necesidad, en una obligación intelectual o científica, más que artística. Me parece que mientras más se busca entender y controlar un proceso creativo, más se corre el riesgo de descuidar lo esencial, y, definitivamente, cuando mejor me salen las cosas es cuando estoy un poco perdido o despistado, cuando pinto sin la presión de tener que justificar lo que hago.

En el trabajo creativo, el saber, la experiencia, no necesariamente son una ventaja —por lo menos para mí. He podido comprobar que para descubrir algo nuevo es necesario olvidar, desaprender. En todo trabajo creativo es importante saber renunciar a la seguridad que da lo que se domina. La osadía que se tiene cuando joven, se va perdiendo con los años y empezamos a actuar por inercia, por automatismos, reflejos y certezas adquiridas. Es entonces cuando debemos de cambiar nuestros hábitos y asumir nuevas estrategias.

No siempre se tienen las cosas claras. Se puede existir sin comprender, y pintar requiere ser lo bastante ingenuo y valiente como para no tener claro un destino y aceptar sin reservas ni coartadas el desconcierto, la desazón y el vértigo que produce andar a la deriva. En vez de buscar explicaciones, fórmulas, conceptos o exorcismos que suavicen el miedo a lo desconocido, una buena actitud es aquella que se alimenta de la confusión misma. Para pintar debemos aproximar lo que sabemos a lo que

sentimos; tomar riesgos, cambiar de dirección, navegar sin rumbo; perdernos y tener la osadía de ir más allá. Y además, estar siempre dispuesto a empezar de nuevo, tantas veces como sea necesario. Sólo así se consiguen los valiosísimos hallazgos y las imágenes con las que más nos identificamos.

NUEVOS HALLAZGOS

☞ Esta breve serie viene a ser la continuación de *Hallazgos a la deriva*. La diferencia es que aquí me convierto en un reciclador de mis pinturas pretéritas, a las que —y no precisamente porque haya hecho algo de lo que me arrepienta— decido intervenir para llegar a estos *Nuevos hallazgos*.

Esta vez el resultado fue orientado de antemano, lo que derivó en un conjunto de piezas más o menos preconcebidas. La experiencia de reutilizar mis propias pinturas como soporte, me llevó a vivir una sensación muy especial, parecida a la que se tiene cuando se vuelve a algunas ciudades que ya conocíamos pero que con el tiempo han sufrido importantes transformaciones. Conservamos en la memoria una idea, un mapa mental de esos sitios y sus espacios característicos. Cuando regresamos a ellos, reconocemos sus calles, edificios y jardines; sabemos que es el mismo lugar, pero choca con nuestro recuerdo la suma de transformaciones que vamos descubriendo. Nos sorprenden los cambios, adaptaciones y sobreposiciones causadas por la acción del hombre. Son señales reveladoras que nos hacen meditar sobre el sentido de la vida y el poder del trabajo. Así, bastante parecida a esta experiencia viajera, fue mi sensación de regresar a mis antiguas manchas, formas y colores para darles un nuevo significado.

En esta serie pude ver, simultáneamente, quién soy y quién he sido, y darme cuenta de que la principal diferencia entre los dos, es que con el tiempo he sumado experiencia y conocimiento. Por supuesto que he cambiado, pero percibo en mi trayectoria una línea constante, sin interrupciones. Creo que dentro de mi dispersión no ha habido una ruptura radical. Como todos, he acertado y me he equivocado, pero sobre todo, he aprendido que

en mi trabajo lo más importante no es exhibir la obra, o publicar un libro o un catálogo. El momento más pleno es el que se vive en el taller, lugar donde uno piensa y trabaja; el único sitio donde realmente es posible entender la experiencia creativa y disfrutar de ese extraordinario momento ético-reflexivo de deliberar, de hablar con uno mismo.

Me pregunto: ¿cuánto tiempo tendrá que pasar para querer volver a reutilizar éstas nuevas pinturas? No mucho, seguramente. Tarde o temprano, desearé reciclarlas otra vez; y así, eternamente.

REFERENCIAS

☞ Hace tiempo que intento llevar mi pintura a la escultura y resolver en el volumen mis inquietudes plásticas. Sin embargo, reubicar determinados criterios bidimensionales en el plano tridimensional, y además, no perder mi identidad, mi impronta, me ha sido muy difícil. Creo que la mayor dificultad ha estado en el tipo de abstracción que practico, que más que generar formas rotundas, recrea atmósferas, o simplemente las sugiere. Otra dificultad, ha sido mi particular obstinación por echar mano de recursos propiamente pictóricos. He tenido que esperar bastante tiempo y acumular experiencia para poder producir con relativa seguridad formal y expresiva, algunas piezas que me gusten y tengan puntos de referencia con mi pintura. De ahí el título, *Referencias*, que he escogido para este conjunto.

CASAS

[Conjunto de pintura divagante]

La casa, el domicilio, es el único bastión frente al horror de la nada, la noche y los oscuros orígenes; encierra entre sus muros todo lo que la humanidad ha ido acumulando pacientemente por los siglos de los siglos; se opone a la evasión, a la pérdida, a la ausencia, ya que organiza su propio orden interno, su sociabilidad y su pasión. Su libertad se despliega en lo estable, lo cerrado y no en lo abierto ni lo indefinido. Estar en casa es lo mismo que reconocer la lentitud de la vida y el placer de la meditación inmóvil.

Immanuel Kant

☞ Hay muchas más casas —reales e imaginarias— que las que pueda llegar a pintar:

Casa en llamas, casa que gira, casa blanca, casa de campo, casa verde, casa azul, cuatro casas, casa en medio de la plaza, casa de putas, la casa del horror, la casa de enfrente, casa que llora, casa de sal, casa alta, casa patas pa'riba, casa del viento, casa sola, casa de nadie, casa de seguridad, casa cuna, la casa del árbol, casa de madera, casa de cambio, casa frente al mar, casa bajo la nube, casa grande, casa abierta, la casa de Dios, casa sin puertas, casa amada, la casa del vecino, casa ajena, la casa de los abuelos, la casa real, la casa de los espíritus, casa de cartón, tu casa, la casa de la montaña, casa de la moneda, casa en Barcelona, la casa de mis sueños, casa colorada, casa nova, la casa del fondo, la casa del perro, casa de adobe, casa encalada, casa suspendida, casa boca abajo, casa con rejas, casa hogar, casa propia, casa flotante, casa de muñecas, la casa del artista, la casa de atrás, la casa de Esmeralda, casa con escaleras, casa de empeño, casa de apuestas, casa de campaña, casa triste, casa de huéspedes, la

casa de los locos, la casa de la esquina, la casa del herrero, casa de la cultura, casa vieja, casa de piedra, casa pequeña, la casa del caracol, casa oscura, casa flotante, casa de pueblo, casa silenciosa, mi casa, casa que vuela, casa chica, casa con torre, casa en venta, casa en renta, casa de interés social, la casa de los espejos, casa en Querétaro, casa rodante, la casa de los papás, la casa del mariachi, casa amarilla, la casa del poeta, casa cerrada, casa de los cinco patios, casa vacía, casa llena, casa de bolsa, casa abandonada, casa de retiro, nuestra casa...

ENTRE LA MEMORIA Y EL OLVIDO

*La actividad creativa siempre está entre
la memoria y el olvido.*

Jorge Luis Borges

*El trabajo del artista es profundizar
siempre en el misterio.*

Francis Bacon

☞ Siempre me agobió la presión de tener que ir a más, de correr hacia el futuro. Hoy no tengo tanta prisa, y quizá por eso me pregunto: ¿qué quiero hacer ahora? Tarde o temprano debía de moderar mi paso, mirar atrás, y recordar mis primeros años de vida.

No hace mucho, tenía miedo de recordar, hoy temo olvidar; y por eso emprendo la labor de disipar mi amnesia a través de la pintura, de la recreación visual de mis recuerdos. Ejercicio nada nuevo, lo sé, pero valiosísimo porque no sólo me permite recuperar mis imágenes más lejanas, sino que me ayuda a darle otro rumbo a mi trabajo. Escarbar en la infancia y en la juventud ha sido práctica común en el arte de todos los tiempos; Karl Jung consideró la actividad creativa como una expresión de formas arquetípicas: “Quien habla con imágenes primigenias, habla con mil voces [...] liberando a esas fuerzas benefactoras que desde tiempos inmemoriales han permitido a la humanidad escapar de los peligros y soportar la noche más larga. Ese es el secreto efecto del arte.”

Esta serie es un repaso “a tientas” de mi pasado, un pasado más bien negado que olvidado; es un ejercicio de introspección, resistencia y nostalgia. Pintándola, aprendí que cualquier

imagen perdida o fragmentada es potencialmente recuperable por la intuición. Serie más íntima que anteriores, y además, más próxima a la naturaleza. Nunca imaginé cuántas sorpresas me guardaban mis recuerdos; escarbar en ellos y en la sensación de vacío que acusa el olvido, fue trenzar insospechados lazos con los momentos más verdaderos, con esas huellas de vida que son nuestros primeros encuentros con el mundo y que conservamos como modelo para siempre.

Es indudable que todo arte, conocimiento o mito, se remontan a la infancia, etapa en la que aprendemos a conocer las cosas (imágenes, palabras, fábulas, sonidos, experiencias). Entendemos mejor lo que percibimos ingenuamente, en un primer momento —único e irrepetible— de sobresalto y sorpresa, incluso de terror. Evocar una imagen original abre la posibilidad de transfigurarla y singularizarla como un nuevo referente; recorrer nuestro paisaje íntimo y revivir esos brevísimos destellos, ilumina la imaginación y genera fértiles territorios creativos. Toda experiencia infantil reelaborada en la madurez proporciona nuevos puntos de partida. Conmueve recordar la primera vez que nos conectamos simbólicamente con la naturaleza (animales, plantas, paisajes), la casa (habitaciones, muebles, objetos), la escuela (salón de clases, patio, útiles, juegos) o con los demás (familiares, amigos). El valor que adquieren estos recuerdos tiene mucho que ver con el misterio personal y las expresiones inconscientes de cada quien.

Lo natural en la infancia es percibir lo que nos rodea ingenuamente, pero en la madurez se pierde esa pureza y desarrollamos una comprensión menos poética, más racional y viciada, de tal manera que, si queremos ser fieles a nosotros mismos, siempre deberemos de volver a hurgar en los secretos de nuestro origen. De niños construimos una mitología personal que define

nuestro destino; es la etapa en la que aprendemos a nombrar las cosas, y a ordenarlas. Cualquier idea o imagen se asocia a la palabra, cuya fuerza mágica y poder evocativo nos permiten desenterrar un momento con sólo nombrarlo. La palabra reproduce un instante, nos remite a él y recrea un acontecimiento lejano. Muchos de nuestros actos están íntimamente relacionados con la ceremonia de repetir y actualizar un recuerdo. Asimismo, la creación artística se apoya en la memoria, en la repetición de actos simples que, a fuerza de convertirse en rutina, aparecen como milagro, como revelación. Pero el acto de recordar también genera sentimientos dolorosos, pues choca con nosotros mismos, con nuestro pasado y nuestro destino. Recordar es enfrentarse con la realidad perdida, con la certeza de que lo hecho no volverá.

En nuestra memoria hay cosas que se conservan nítidas, y cosas que son impenetrables, confusas, ignoradas. De ahí que todo esfuerzo por recordar encierre un enorme valor, el valor de conocernos y descifrar cómo somos al rescatar del olvido las imágenes que se “fugan” y se pierden para siempre, o que, en el mejor de los casos, permanecen ocultas en alguna parte. La memoria es un proceso complejo e inacabable, pero esencial para todo hombre, no sólo para el artista.

*Quiero volver a la infancia.
Y de la infancia a la sombra.*

Federico García Lorca

Llegué a México muy pequeño, aún sin cumplir un año. Vine con mi madre, mi tío y mis abuelos maternos. Desembarcamos en Veracruz como desplazados tardíos de la Guerra Civil Española. El exilio y la orfandad siempre han estado presentes en

mi vida; la falta de un padre y de una patria en sentido estricto, así como el temprano alejamiento de mi madre que se marchó a Guatemala dejándome al cuidado de mis abuelos, marcaron sin duda mi carácter. Crecí tratando de recuperar algo perdido, algo que todavía me impide ligarme plenamente a un lugar, y que me produce sensaciones de aislamiento e inseguridad. Como muchos, percibo la patria como el sitio donde descansan nuestros muertos; y por eso, temo vagar eternamente entre sombras extrañas. Me alivia, una vital, incrédula e irreverente actitud existencialista adoptada en mis años de formación, y la tristeza de contar con varias pérdidas familiares en esta tierra mexicana.

Cualquier exiliado “con memoria” anhela volver a lo que dejó. Yo no puedo sentir lo mismo; es imposible añorar una realidad que no conocí. Como otros hijos de refugiados, mi memoria es imprecisa y, en cierta forma, irrecuperable. Proviengo de una generación que me heredó una nostalgia radical que se refleja en apesadumbradas actitudes y pensamientos, como por ejemplo, el convencimiento de la imposibilidad de trascendencia (sin raíces claras, no puede esperarse un futuro claro), idea difícil de aceptar para cualquier artista. Sin embargo, asumo sin ningún problema mi condición de desarraigo, pues poco, o mejor dicho, nada me importa la posteridad. Veo mi pasado con simpatía y acepto felizmente que nunca estaré integrado a ninguna comunidad, y que todo esfuerzo que haga por lograrlo sería ilusorio; aunque lo he intentado, siempre me ha sido imposible adaptarme a ambientes y pautas culturales invariablemente ajenos.

Vuelvo a mi serie. Cuando pinto me importa más la emoción que la razón; no soy un intelectual, aunque a veces lo parezca. Tampoco un artista conceptual. Pinto por instinto, y mis reflexio-

nes sólo sirven para señalar una ruta, para aclarar la dirección en que pienso caminar; tienen la única intención de ayudarme a pintar mejor. Por eso escribo. Teorizar me sirve para ubicar, contextualizar y relativizar mi trabajo; y si me esfuerzo en explicar lo que hago, es también por rechazo a los críticos y teóricos que abusan de su poder. Me molesta ver cómo muchos artistas van detrás de ellos mendigando una crítica, un comentario. Dan vergüenza.

Lo que más me gusta de la pintura es pintar. Me interesa sobre todo la parte artesanal de mi trabajo. Tardo mucho en resolver una pieza, no digamos una serie completa. Debajo de cada cuadro hay varios, que por una u otra razón, no me gustaron y decidí taparlos. Trabajo sobre trabajo, ensayo y error, esa es mi forma de pintar. Con el tiempo he tratado de “esencializar” mi pintura, volverla más rigurosa; quiero que mis formas lleguen a manifestarse en su expresión más pura, con los mínimos elementos y con la mayor solvencia plástica posible. Por eso, en esta serie me esforcé en poner en práctica algunos criterios reductivos y simplificar mi lenguaje abstracto, no a la manera de una pureza extrema tipo Mondrian, o por medio de la literalidad minimalista, sino a través de la recuperación y síntesis simbólica de las primeras imágenes guardadas en mi memoria. Me propuse hacerlo sin ornamentos ni distracciones y traté de conservar la pureza original de la idea, en un ejercicio similar a la escritura oriental y la pintura primitiva; mi interés en esta ocasión, fue comunicarme de una manera más afable que de costumbre, aunque tampoco me molestaría demasiado que mis cuadros siguieran perturbando, o incomodando, como tantas veces me ha ocurrido; a fin de cuentas, lo importante es decir algo, transmitir alguna una emoción.

Tengo demasiado orgullo como para reconocerme un mal pintor, pero sé bastante bien hasta donde puedo llegar. He pinta-

do ya lo suficiente como para entender de qué se trata todo esto. Soy esforzado, puntual y ordenado, y trato de ir lo más lejos posible, pero no a cualquier precio. No comparto la absurda creencia de tener que sacrificarse en aras del arte, como tampoco creo que la felicidad sea sosa y el sufrimiento una fuente de inspiración. Me parece perverso pensar que sólo pueden ser artistas los desdichados, y que la felicidad es embrutecedora, vulgar o burguesa. Si así fuera, cualquiera querría ser pobre e infeliz. Procuro llevar con buen ánimo mis preocupaciones profesionales y veo la vida como lo más importante, como lo único importante. Me gusta comenzar cosas nuevas, eso sí; lo mejor es empezar, cuando falta esa sensación uno siente morir.

Conozco a varios colegas que la pintura no los ha hecho mejores. Una pena. Veo mi trabajo no sólo como un privilegio que me cambió el destino, sino también, como una actividad que me enseña algo distinto cada día, que me muestra mis debilidades, me hace paciente y disciplinado, y, lo más importante, que me ayuda a tolerar la estupidez, a defenderme del odio, la agresividad y de la mala intención de algunas personas. Si bien es cierto que lo que está pasando en este país estropea el carácter de cualquiera, la pintura me protege de vivir permanentemente encabronado y me da ánimos de levantarme cada mañana con ganas de seguir adelante.

PEQUEÑAS MEMORIAS

A mi madre, porque ella y yo fuimos iguales.

*La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda
y cómo la recuerda para contarla.*

Gabriel García Márquez, en su autobiografía,
Vivir para contarla.

Este conjunto de ciento nueve pinturas sobre madera está estrechamente relacionado con mi serie *Entre la memoria y el olvido*. Es un grupo de pequeños polípticos de cuatro partes cada uno, realizados a manera de apunte o cuaderno de ensayo. El resultado es un conjunto de piezas espontáneas que pretende comunicar la emoción original de un hallazgo creativo. Toda la colección cabe en una pequeña maleta, y está inspirada en anécdotas y memorias de mi niñez y adolescencia; en mitos y en recuerdos idealizados, que hoy representan estados de ánimo recuperados, y que son, simplemente, añoranza pura.

Pasé mi infancia a saltos entre México y Guatemala. A ratos, criado en libertad casi salvaje cerca de mi madre, mujer romántica y aventurera, y, a ratos, educado y sobreprotegido por unos abuelos responsables y cariñosos, pero convencionales y aburridos. Fui un niño introvertido, un poco triston y solitario, aunque nunca llegué a sentir, como mis mayores, la ansiedad del destierro. Mi niñez estuvo marcada por los constantes y prolongados alejamientos de mi madre y mi hermano, la proximidad mimosa y condescendiente de mi único tío, los aspavientos dramáticos de mi abuela y —ahora me doy cuenta—, por la profunda melancolía de mi abuelo por su vida en Barcelona. Crecí con ellos y

con mis maestros del Colegio Madrid, la mayoría, tristes exiliados de la guerra civil española.

Mucha nostalgia hay sin duda en estas *Pequeñas memorias*, cuyo origen se remonta a mis primeras experiencias y visiones infantiles, ligadas sobre todo, a la familia, al juego, al colegio y a la naturaleza. Mis primeros recuerdos son de Livingston, en la Bahía de Amatique, Guatemala. Son imágenes vaporosas, de mar y selva, y de un pueblo de pescadores mestizos, africanos y americanos. Livingston es un lugar de exuberancia tropical, donde la naturaleza y la vida rústica se grabaron en mi memoria junto a la figura amenazante de un padrastro autoritario. Conservo de aquel tiempo el recuerdo de las primeras escapadas fuera de casa, que serían mis primeras aproximaciones a la libertad. Aquel paisaje caribeño todavía aparece en mis sueños y en mi pintura. Vivíamos en una rústica casa de madera sostenida sobre el mar por cuatro columnas de hormigón. Desde una ventana, se veía, según la marea, un horizonte de agua, o tierra, así como todo tipo de bichos: cangrejos, peces, sapos, culebras, ratones e insectos. Recuerdo unas arañas con el cuerpo del tamaño de una lenteja y unas larguísimas patas con las que se abrazaban entre ellas formando grandes pelotas que se dispersaban en cuanto las tocabas. Frente a la puerta de entrada, se extendía un largo y resbaladizo muelle de tablonés que terminaba en una destartada casucha con una sucia letrina. Sentado ahí, observaba cómo los peces devoraban mis despojos cuando caían al mar. Al lado de la casa se encontraba mi juguete preferido: la estructura de un enorme y laberíntico buque camaronero en construcción que parecía un esqueleto descuartizado de dinosaurio.

En Livingston crecí a la buena de Dios, pero no desamparado. Éramos muy pobres, pero no de la misma manera que los

habitantes del lugar; nosotros, siempre tuvimos la oportunidad de poder emigrar.

Recuerdo el muelle de Puerto Barrios y sus barcos cargueros de gran calaje. En ese sitio, yo y muchos otros niños, recogíamos unas pesadas pencas de bananos verdes. La fruta, demasiado próxima a madurar, ya no podía embarcarse por la lentitud de este medio de transporte, y la multinacional estadounidense United Fruit Company que producía y comercializaba frutas tropicales en plantaciones de América Central, no tenía más remedio que regalarla o tirarla al mar. Así conocí a mi amigo Chang, un chinito regordete que ayudaba a su padre haciendo pan y pasteles de plátano; de ahí me viene la afición por el café con leche, los pasteles y el pan dulce. Nunca me dejó verlo cocinar, decía que yo tenía una mirada tan intensa que podría cortarle la masa pastelera. En aquel tiempo vivíamos en unas barracas junto a la torre de control de un aeropuerto abandonado. Chang y yo recorríamos su pista en bicicleta buscando lagartijas y culebras para reventarlas a pedradas.

Guardo muchas historia de violencia política en Guatemala, como cuando presencié un ataque aéreo al cuartel de policía que estaba frente a nuestra casa. Hoy sé que fue durante el golpe de estado de Castillo Armas a Jacobo Árbenz en 1954. Yo observaba hipnotizado desde el patio del albergue donde vivíamos, el ataque aéreo, cuando —como exhalación— apareció mi madre frente a mí, desnuda y envolviéndose en lo que creo era una toalla. El tiroteo la hizo salir despavorida del baño. La recuerdo, como si fuera ahora mismo, convertida en un espíritu protector y angelical que venía a apartarme del peligro. Luego, permanecimos abrazados durante largo tiempo sobre un frío piso de terrazo, debajo de un pesado colchón gris remachado con unos grandes botones amarillos. También guardo un claro recuerdo de un

viernes de Dolores en el que, durante un enfrentamiento entre policías y estudiantes, tuve que correr para refugiarme en los baños de mi escuela, el Instituto Nacional Central para Varones. Entre gritos y nubes de gas lacrimógeno, presencié, impotente y temeroso, cómo el fuego consumía mi pupitre sobre una barricada; entre llamas, el mueble destacaba por su tamaño —mucho mayor que los demás— y por su estridente color verde limón. Pero eso del tamaño y el color, es otra historia. De adolescente, vagué con temeridad por los barrios más peligrosos de la ciudad de Guatemala; recorrí sus barrancos y sus suburbios llenos de basura, zopilotes y pobreza. Recuerdo a mi amigo Julio Sánchez, con quien subí el Volcán de Agua; ahí un fantasma nos sorprendió de madrugada; juntos también escalamos el Volcán de Fuego, justo un día en el que hizo erupción; nos salvamos de milagro. En el Pacaya, sufrimos la violencia de una fuerte racha de viento que levantó una copiosa lluvia de piedras pómez sobre nosotros.

Recuerdo una tarde que, con sobresalto, escuché que golpeaban la puerta. Tuve el presentimiento de que era mi abuelo. Hacía dos años no le veía. Abrí y era él; venía a convencer a mi madre de dejarme volver a México. Aquella noche, mi abuelo y yo, dormimos juntos en una triste pensión; sería la última vez que lo vería. Un año más tarde, esta vez sin presentirlo, abrí la misma puerta para recibir un telegrama con la noticia de su muerte. Por esos años, pasé por una larga pero provechosa convalecencia de hepatitis. Fueron dos o tres meses de absoluto reposo, dieta estricta y mucha lectura; además, aprendí a jugar ajedrez. Vivíamos en el Chalet Suizo, un conocido hostel de la ciudad de Guatemala. Sus dueños, la robusta familia Reig, cocinaban de maravilla, sobre todo, hacían un delicioso *strudel* de manzana. Recuerdo que al fondo de la pensión, en un soleado patio lleno de triques (nombre que damos en México a cosas no muy nece-

sarias, incluso estorbosas), lavaderos y sábanas secando al sol, había un lorito muy patriota, pues cantaba de corrido la primera estrofa del himno nacional guatemalteco.

Del tiempo que estudié la primaria, recuerdo una visita a La Castañeda, en Mixcoac. No sé porqué nuestros maestros del Colegio Madrid consideraban formativo que niños de 10 a 12 años conociéramos aquel tétrico lugar de locura y encierro. En ese manicomio eran aislados, indistintamente, maniaco depresivos, epilépticos, autistas, enfermos con síndrome de Down, Alzheimer, alcohólicos y sifilíticos en etapa avanzada. Su hoy olvidado edificio, fue construido por el gobierno de Porfirio Díaz para albergar todos los horrores de la psiquiatría de la época. Fue derruido en 1968, y en su lugar se construyó un populoso conjunto habitacional. Recuerdo con verdadero espanto aquel extraño paseo, así como el asilo de ancianos del Sanatorio Español, donde pasó sus últimos días mi bisabuela Dolores Alandí, una viejita enferma y lunática que jamás he podido olvidar. La tradición oral de la familia cuenta que recién llegada a México, exiliada de la guerra, y con demencia senil, mi bisabuela pasaba el día asomada a la ventana de su piso en la colonia Roma. Yo recuerdo que sólo dejaba de ver la calle para —en valenciano— decirnos a la enfermera que la cuidaba y a mí, siempre lo mismo: —*Mira Benita, mira Jordi, quina chen més llecha, mira quina chen més animal.**

Con estas *Pequeñas memorias* logré salvar del olvido muchos momentos de mi vida. Antes, poco me detenía a pensar en mis sueños, o en mi pasado; y no porque careciera de ellos, sino porque vivía demasiado a prisa. Pintando esta serie pude sentir nos-

*—*Mira Benita, mira Jordi, qué gente más fea, —mira qué gente más animal.*

talga por mi propia vida y logré reconstruir, de alguna manera, el desvanecido camino de regreso a mis orígenes. Y digo, de alguna manera, porque sé que el pasado es un espacio y un tiempo irrecuperable. Aprendí, además, el valor que tiene el hacer las cosas poco a poco, pacientemente.

Aunque no creo en la responsabilidad del pintor por explicar todo lo que hace (bastante tiene con pintar), asumo la tarea porque creo ser quien mejor conoce mi trabajo. Mis textos son, más que nada, para mí mismo, aunque me gusta compartirlos y comentarlos, pues creo que con juicios unilaterales no se llega muy lejos y lo correcto es acercarse a los demás, sin tratar de imponer nuestras ideas, y destacando los matices, más que las diferencias.

Si bien la pintura me ha dado un lugar en el mundo, quizá algo confuso e inestable —ni más ni menos como el que me daría cualquier otra profesión—, procuro equilibrar mi relación con ella, separando las cosas que me interesan de las que desprecio en el arte. Para mí la pintura es una forma de vivir, algo que me ocupa totalmente y que me sirve de estructura mental. Es una expresión de libertad, una forma de conocimiento y comunicación, pero, sobre todo —y lo más importante—, que para mí representa una alternativa ética. Y no es cuestión de retórica, o de conceptos y justificaciones (para ser un artista conceptual se necesita una capacidad reflexiva de la que carezco). Hoy que la pintura se ve como pasado, como tradición, en vez de dejarme seducir por la moda, procuro afianzarme en mi camino e intento estar más atento a las opciones que genera mi propio proceso, por lo que me vuelvo cada vez más impermeable e indiferente a lo novedoso. Veo el progreso de mi propia pintura en función de profundizar en lo hecho, con temas que se repiten

y reaparecen en contextos diferentes. Últimamente he venido construyendo un tipo de ambientes en donde me siento bien, algo así como espacios habitables, amplios, limpios y luminosos. Es quizá por esta razón que el uso intensivo del blanco adquiere un papel preponderante en mi pintura reciente. El blanco es un color ambiguo; es color y ausencia de color al mismo tiempo; en mi caso, y particularmente en mis dos últimas series, representa nostalgia y sosiego.

MEMORIA Y HORIZONTE

*La salud de la vista parece exigir un horizonte.
Nunca nos cansamos mientras podemos ver bastante lejos.*

Ralph Waldo Emerson

☞ Durante un corto viaje que hice por el norte de España y Portugal, pude sentir —como pocas veces— una gran emoción ante el simple pero maravilloso acto de contemplar la naturaleza. La idea de esta serie me vino cuando observaba el mar desde la Torre de Hércules, en la Coruña. Afectado por la tristeza que me invadía en esos días, tuve una inusual percepción del paisaje, y en especial, de la línea del horizonte. Más allá de su mera presencia, su dimensión espacial o habitual referencia, advertí que el horizonte posee un extraordinario poder evocador, capaz de trasladarnos a universos particularmente íntimos y fascinantes.

Contemplar la naturaleza ha sido desde siempre dialogar con la vida y con nosotros mismos; ver un paisaje es algo sublime y comparable a la búsqueda interior. Ambas acciones son, en cierta forma, la misma aventura, ya que dan lugar a sensaciones muy parecidas, y similares a la de andar perdidos o desorientados en algún lugar desconocido.

Los paisajes del Romanticismo revelan un evidente diálogo visual con la naturaleza; son obras que muestran el mundo interior del artista y demuestran que el acto de observar nuestro entorno natural es algo que puede desafiar todos los sentidos. De ahí que la caminata, el simple paseo, sea una forma de reencuentro con uno mismo y una de las actividades más excitantes para el intelecto. Contemplar el paisaje, no sólo permite descubrir la esencia de un lugar, sino que puede ser una aventura estética de

primer orden. Caminar todos los días debería de ser una rutina para enriquecer la imaginación.

Todo paisaje es naturaleza humanizada, cultura y apreciación estética; sin la mirada del hombre, no existiría, sería sólo un territorio, un espacio susceptible de convertirse en paisaje sólo si es observado. En palabras del pintor Hernández Pijuán, “no se puede hablar de paisaje en sentido literal, sino de un cierto sentimiento del paisaje”. Sentir el paisaje es una manera de reintegrarnos a la naturaleza y aceptar que los principales protagonistas no somos nosotros. El universo en general y la vida en particular son los elementos que conforman esta extraordinaria y alucinante estructura inspiradora y susceptible de ser transformada en ciencia, arte, cultura o memoria. Es precisamente la memoria, el tema de mis últimas series y cavilaciones; y aunque ahora parezca que mi interés se desvía hacia el paisaje, no es así. Sigo en lo mismo, escarbando en los recuerdos, entre otras razones, porque necesito estarme reconciliando permanentemente con mi pasado. Sin duda, el paisaje siempre ha estado presente en mi pintura; desde mis primeros y expansivos universos abstractos, hasta en los últimos intentos por hacer una pintura más contenida. Lo que sucede ahora, es que el foco de atención, o eje sobre el que gira el desarrollo de esta serie, se ha trasladado, ha migrado de la memoria al paisaje, entendido éste, como una prolongación de la propia memoria. Es, dicho brevemente, una nueva serie sobre la memoria derivada de la contemplación de la naturaleza. Cualquier recuerdo está ligado a un paisaje, a un territorio en el que aprendemos a ver el mundo. A lo largo de nuestra vida habitamos muchos paisajes, aunque con ninguno nos identifiquemos tanto como con aquel donde crecemos, y que —invariablemente— es un paisaje colmado de recuerdos. Es también un paisaje, el testigo infaltable de nuestros últimos mo-

mentos. Para el poeta y ensayista español Julio Llamazares, “el paisaje es la memoria, porque la memoria se refleja siempre en el paisaje en el que ha ocurrido tu vida. Es un espejo, no el telón de fondo de un escenario; en ese espejo se refleja la vida de las personas. Cuando el paisaje desaparece (...) la memoria se duele y se resiente, y de ese dolor de la memoria nace la melancolía, y de la melancolía nace el aliento poético.”

Son evidentes las simetrías entre el paisaje y la memoria. Por eso, es posible encontrar tantas analogías y asociaciones entre estos conceptos. Podemos imaginar el paisaje y la memoria como dos formas de horizonte; el primero, como un horizonte espacial, y, el segundo, como un horizonte temporal; o bien, se puede pensar en la relación entre el tiempo y el paisaje (el paso del tiempo provoca en todo paisaje cambios visibles o imperceptibles). Contemplar el paisaje y recordar son, sin duda, dos acciones paralelas y complementarias capaces de situarnos simultáneamente en el pasado y en el presente.

Se cree que el acto de contemplar es algo pasivo, quizá porque aún no acabamos de comprender que mirar es una forma de pensar. Es cierto que la contemplación es una actividad plácida, pero puede llegar a convertirse en una tarea dinámica de primer orden. Su práctica habitual estimula la creatividad en todos los campos, no sólo en el artístico. En la actualidad, el paisaje interesa por igual a filósofos, ecologistas, arquitectos, políticos, geógrafos y artistas, lo que da lugar a múltiples interpretaciones de nuestro entorno. Cuanto más responsable es una sociedad, más se preocupa por el paisaje.

Por los tiempos que corren, de irresponsabilidad hacia la naturaleza y de desprecio por la pintura en general, y en particular por el abstraccionismo, esta serie viene a ser para mí —dicho sin mayor pretensión— una especie de acto de conciencia ecológica

y de resistencia laboral, ya que, una vez más, me vuelvo a empeñar en seguir practicando la pintura.

No me gustaría que esta serie fuera considerada como un simple conjunto de piezas racionalizadas y “acabadas”, fáciles de etiquetar bajo la figura del paisajista. Son, básicamente, una especie de registro de la memoria que surge a partir de una mirada abierta al paisaje, y con una clara orientación lírica, más que conceptual. Pero, sobre todo, es una serie que debe de entenderse como una visión interior a partir del paisaje, y no sobre el paisaje, espacio físico que básicamente me interesa como posibilidad de analogía o tentación de metáfora; como pretexto para dirigir la mirada a otra dimensión, más íntima y personal; a ese lugar mental susceptible de convertirse en punto de referencia o evocación de la memoria.

Sorprende el grado de comunicación que llegamos a establecer con nosotros mismos cuando contemplamos la naturaleza. Observar el horizonte nos emociona porque podemos sentir la extensión, la dimensión del espacio; es un acto que nos libera de un estado mental opresivo y nos traslada a otro más sereno. El horizonte es la línea donde todo se junta: el cielo, el mar y la tierra. Es un límite abarcable sólo por la mirada e imposible de alcanzar porque se aleja cuando avanzamos hacia él. Lugar donde termina y empieza todo, el horizonte es referencia cargada de significado y seducción; fuente de energía y equilibrio. Su presencia nos obliga a afinar la mirada y a realizar un esfuerzo de meditación que puede sernos útil para conocernos.

Con el paisaje pasa lo mismo que con la pintura abstracta: todo depende de la mirada, de lo que se observa, y, sobre todo, de cómo se observa. Así, podemos advertir la dificultad, o mejor dicho, la imposibilidad de representar un paisaje. La pintura de paisajes y la pintura abstracta son dos formas muy cercanas

de expresión porque el objeto físico no puede, en términos estrictos, ser representado. Es claro que el abstraccionismo es un medio ideal para reflexionar en torno al paisaje, y viceversa. Al mirar un paisaje, descubrimos la contundencia de las formas abstractas y sentimos la atracción que producen sus atmósferas y espacios vacíos abiertos a la contemplación. Abstracción y contemplación son dos conceptos que van de la mano; que son capaces de trascender lo meramente narrativo (cuestión que tanto ha dominado la actividad artística) y hacer que la anécdota descriptiva pase a segundo plano.

Con esta serie doy por terminada una larga y emocionante sucesión de varias series enlazadas. Ahora, quisiera explorar otros horizontes. En cierta forma, el horizonte es referente simbólico de lo que termina, pero también de lo que empieza; un límite que nos ofrece la ilusión de un final y un principio.

TEMPORADA DE LLUVIAS

☞ A veces me siento frágil, vulnerable, y por momentos sin pizca de ilusión; es algo así como estar bajo amenaza de tormenta. Una desazón que me acerca al desequilibrio y me dispone a abandonar la pintura. Muchas veces pienso tirar la toalla, asumir de una vez por todas el fracaso; sin embargo, siempre sucede algo extraordinario y “providencial” que me vuelve a embarcar en una nueva aventura pictórica, algo que me hace seguir adelante y trabajar con renovada intensidad y emoción. Así llegó, como una bendición, esta *Temporada de lluvias*.

DE IDA Y VUELTA

*Hay en medio del bosque un claro inesperado
que sólo puede encontrar aquel que se ha perdido.*

Tomas Tranströmer

☞ ¿Valdrá la pena angustiarse tanto? A fin de cuentas todo lo que hacemos sale como debe de salir, y lo peor que puede pasar es que salga mal, y aun así, no pasa nada.

* * *

Si repaso lo que he pintado en la vida, veo que casi siempre he hecho lo mismo. Al principio no tenía las ideas tan claras, pero ya estaban ahí. Desde mis primeros trabajos, lógicamente más ingenuos, ya se percibía la intención. Ahora, mi pintura denota algún “progreso”, es evidente que tengo más recursos y experiencia, pero esencialmente es lo mismo; como dicen, la misma gata, pero revolcada. Muchas veces quise cambiar, romper con mi pasado, pero invariablemente volvía a lo de siempre, aunque claro, nunca era igual. Lo que sí ha cambiado, y mucho, son mis intenciones y preocupaciones creativas. Hoy tengo más dudas, más preguntas que respuestas, pero sobre todo, una gran confusión.

* * *

En esta nueva serie me propuse no intelectualizar demasiado, para qué. Sólo me dejé llevar. Así, logré un extenso conjunto de piezas despreocupadas de todo; del tema, del concepto, de la técnica, del afán por cambiar —en fin— de cualquier cosa. Sin esperararlo, entré en una entretenida dinámica que me hizo volver

sobre mis pasos y recuperar olvidados alientos creativos. De ahí su título, *De ida y vuelta*, que sugiere un regreso a la inocencia y naturalidad original que se fue desvaneciendo con la práctica y el aprendizaje. Serie que representa un importante cambio de rumbo, y que, bien mirada, más que una vuelta o retroceso, podría significar un importante avance en mi camino.

Es probable que por la mentalidad dominante, este conjunto corra el riesgo de ser señalado de ingenuo, simplón o anticuado. Es cierto que lo inspira una particular candidez que le aleja de las propuestas contemporáneas, y que revela cierta añoranza por la pintura abstracta del siglo XX. Incluso, podría interpretarse como una obra crítica e irónica de los nuevos ideales estéticos y culturales. Pero no es así; lo cierto, es que esta serie muestra lo que soy en este momento de resistencia y reflexión, en el que estoy más interesado por escarbar en mi interior, que por explorar en los excesos, la pedantería y la banalidad del arte de nuestros días. De todas formas, es imposible escapar a nuestro tiempo. Como toda producción, la mía está determinada por la realidad que la envuelve —no podría ser de otra manera. Uno pinta como vive, como lo que es. Sin embargo, creo que mis mejores piezas, las más próximas y personales, son precisamente aquéllas que mejor reflejan mi realidad.

Con esta serie recuperé buena parte de mi vena más informal e irreverente, incluso irracional. Además, me di cuenta de la cantidad de veces que me he complicado absurdamente en aras de una justificación conceptual. Y digo absurdamente, porque casi nunca parto de un concepto, más bien, elaboro series intuitivas a partir de un tema, lo que es muy diferente. Los conceptos, en mi caso, van surgiendo poco a poco, sobre la marcha. Cuántas veces me dije: voy a hacer tal o cual cosa, y luego no funcionó. Cavilar demasiado me paraliza, me impide avanzar, y

si bien reconozco la importancia de la reflexión y la autocrítica, confío mucho más en la intuición. Una cosa es teorizar, otra, reflexionar sobre lo hecho —que es lo que yo hago. Después de esta serie me queda muy más claro que de poco sirve justificar la pintura. Tener que explicar mi trabajo es demasiado fastidioso. Qué sentido tiene reseñar mi propia pintura, o querer apuntarla teóricamente, cuando ni siquiera me ha preocupado nunca el resultado, y menos, agradar. Para mí lo importante es hacer cosas que me gusten. Dicho de otra forma: mi pintura es una pintura egoísta, que lo único que busca es la satisfacción personal. Perdón por el descaro.

De ida y vuelta es lo que se ve, y sólo eso; un conjunto de pinturas sobre vinil reciclado, y *collages* sobre papel con recortes de viejas pinturas. Pienso que desperdiciar es un delito, y, en consecuencia, que todo acto de reciclaje es bueno por definición, sobre todo en un mundo de recursos limitados y necesidades tan abrumadoras como el nuestro. Lo reciclo todo, basura por supuesto, pero también, obras terminadas; lienzos, dibujos, grabados. Tarde o temprano, todo lo que hago pierde sentido y me vienen unas ganas irrefrenables de reutilizarlo, transformándolo en nuevas piezas con otro significado.

Con esta serie logré desprenderme de muchas ataduras, como la de tener que trabajar siempre dentro del rigor de una serie, o la de estar obligado a justificar todo lo que pinto. La serie llegó en un buen momento —justo cuando más cansado y perdido me encontraba— y representa un verdadero reencuentro con el rito de pintar. Este trabajo me deja un gran aprendizaje para poder resistir desde mi trinchera, los embates, la manipulación y la presunción de los planteamientos contemporáneos; enseñanza valiosísima, ya que me está ayudando a decidir si sigo adelante, o si emprendo una relativa y estratégica retirada. La

serie me deja, además de contento, en una situación que me abre a la posibilidad de recorrer simultáneamente dos rutas: la de ida y la de vuelta. Punto inmejorable desde el cual puedo mirar a mi alrededor antes de emprender nuevos proyectos —y digo proyectos, no necesariamente series temáticas.

MATEO PITTORE

.....

☞ Mateo Pittore fue un pintor autodidacta de visión espontánea y compleja imaginación. Suscitó escandalosos juicios reprobatorios de la crítica de su tiempo que nunca le comprendió. La afición que desde niño tuvo por las texturas pastosas, le llevó a crear una obra paradójica, de brutales matices y difícil digestión.

Su contagiosa prolijidad dio lugar a una importante renovación técnica y a la utilización de materiales insólitos hasta entonces despreciados. Su pintura sorprende tanto como sus inspirados textos, claros y poéticos. Este involuntario artista, logró —a pesar de su exaltada turbulencia de espíritu— teorizar sobre la pintura a través de iluminados aforismos como los siguientes:

Pintar es ser testigo de las cosas; es pensar a través de la pintura.

En pintura, como en casi todo, se hace lo que se puede. Y aunque se trabaje mucho, lo normal es fracasar.

Nunca he pintado un cuadro sabiendo de antemano lo que va a suceder. Si lo supiera, dejaría de pintar.

Pintar es un acto de rebeldía. Un pintor debe de ser subversivo; debe pintar porque lo que ve no le gusta y necesita cambiarlo. Así debe de ser; y si no, mejor que no pinte.

La fuerza de voluntad es la primera señal de talento. La segunda, la magia.

La pintura es una apuesta a todo o nada.

Pintar demasiado hacen los amores.

En pintura todo se convierte demasiado pronto en historia y olvido.

En la pintura, la mayoría de las cosas suceden en la penumbra; entre lo claro y lo oscuro.

Se pinta para ser visto.

Lo que se pinta pertenece a todos; y a su autor, únicamente lo engrandece o desprestigia.

Sólo hay que pintar por el gusto de hacerlo.

La verdadera fuerza de un artista proviene de su imaginación. Si se apuesta por ella, las cosas salen bien.

La pintura siempre atraviesa por momentos difíciles.

No pinto para explicar; pinto para entender.

Una buena manera de avanzar es cuestionando lo que se ha hecho, y pintando como nunca habías pintado.

Una buena idea es recoger cosas de aquí y de allá y construir

con retazos un cuadro —un poco a la manera de Frankenstein.

Pasa con la pintura como en todo: el éxito se confunde con la calidad.

La fama puede ser un inconveniente. Es imposible pintar de cara al público.

La pintura no debería depender tanto de la palabra, de la literatura. Debería, sobre todo, hablar por sí misma.

A pintar se aprende pintando; a veces, ni así.

Lo mejor de pintar es pintar.

Resulta gratificante que guste lo que hacemos, pero no está bien pintar para agradar. Lo mejor es ensimismarse y trabajar sin hacer concesiones.

Es mejor pintar que hablar de pintura.

Suena anticuado, pero ¡que viva la pintura!

Para tener ideas creativas es necesario tener un entorno creativo.

Las únicas piezas que vale la pena terminar son aquellas que nos conmueven.

El artista tiene que saber moverse en su tiempo y estar atento a los cambios que se suceden.

Aunque muchos no lo entiendan, el arte abstracto habla un idioma universal, comprensible para todos.

Ningún proceso creativo es progresivo. A veces se avanza, a veces se retrocede.

Arte puede ser cualquier cosa.

Un pintor es lo que ve.

Lo importante en el arte, como en la vida, es tener curiosidad y ganas de hacer algo.

A veces pinto con la mente en blanco para dejar que mi mano piense.

Muchos pintores no pintan, sólo buscan la fama. Son unos impostores.

Cuando un pintor no pinta, se preocupa, se llena de remordimientos.

Crear es encontrar aquello que nadie ve aunque esté enfrente de nuestras narices.

Todo buen arte debe de ser íntimo y diferente.

La mayoría de los artistas se creen paridos por los dioses.

El manierismo es la repetición de un acierto, la aplicación de una receta, y por tanto, una evidente negación del arte.

Ningún artista sabe a ciencia cierta de dónde viene la inspiración.

Para pintar bien no es necesario saber pintar.

No hay reglas para pintar.

La crítica es algo que sólo se puede aceptar cuando la buena fe y el desinterés le acompañan.

Todo verdadero artista debería de renunciar al narcisismo y a la patética necesidad de reconocimiento.

Un verdadero artista no simula la emoción.

En todo proceso creativo la mejor manera de desarrollar una idea es poniéndose límites.

Para pintar bien, más que dominar una técnica, lo importante es asumir una actitud adecuada.

Si se reflexiona sobre el proceso, es más fácil encontrar un camino.

Detrás de un verdadero artista siempre existe un universo moral, un particular modelo ético.

No importa el tipo de pintura que sea, siempre y cuando diga algo.

En teoría, todo artista debería de ser una buena persona.

Toda regla es una traba para el trabajo creativo.

¿Es necesario justificar la pintura?

Nunca es posible adelantar nada de lo que va a pasar cuando se crea con libertad.

Todo proceso creativo debe de ser —simultáneamente— libre y riguroso.

En cuestiones de arte nadie tiene la última palabra.

Un artista debe ser seguro, humilde, delicado y profundo a la vez.

En la práctica de cualquier arte es muy importante conocerse a uno mismo.

La pintura es un trabajo, y como tal, lo primero que hay que hacer, es presentarse a trabajar.

Sólo hay algo hay más difícil que pintar: tener que explicar lo que uno pinta.

Asumir el fracaso es parte de ser pintor.

Para pintar hay que estar concentrado, ser paciente y reflexivo.

Para pintar es importante olvidar cómo se pinta.

Siempre se pinta por una extraña obsesión.

Hay que saber reconocer que muchas veces no es el pintor el que pinta, sino que es la propia pintura la que lo hace por él.

Siempre se fracasa cuando se busca la perfección.

El azar está siempre presente en el arte.

Un pintor que no pinta no es pintor.

¿Acaso un pintor no puede cansarse de su trabajo y querer cambiar de aires?.

En todo arte hay que aprender a subordinar el pensamiento a la intuición.

Emoción, técnica, reflexión, y cierta dosis de locura, audacia e irresponsabilidad, son ingredientes necesarios para pintar.

Todo arte debe de ser crítico, inquietar, hacer pensar, pero sobre todo, debe emocionar.

La arbitrariedad es —de alguna manera— la esencia de todo acto creativo.

Un artista se equivoca cuando cree que ya la hizo.

DIGRESIONES, DESPISTES Y VAGUEDADES

.....



- ☞ No me alejo, vengo acercándome al presente.

- ☞ Prefiero seguir yendo que venir de vuelta.

- ☞ Creo que me estoy convirtiendo en una persona feliz y positiva... Tendré que ponerme más atención.

- ☞ Dos cosas son importantes para sentirse bien. La primera, ser uno mismo, y, la segunda, aceptar ser uno más.

- ☞ Siempre creí que debía terminarse todo lo que se empieza. Hoy no pienso igual; creo que sólo hay que terminar aquello que vale la pena.

☞ Yo antes era muy impaciente, siempre tenía prisa; me creía capaz de todo. Ahora, no corro, aprendí a limitarme; vivo con más lentitud y escojo mejor lo que quiero hacer. Es absurdo querer abarcar demasiado. Paradójicamente, racionando mi actividad he logrado ensanchar mis capacidades.

☞ Estemos donde estemos, es importante saber que ese preciso lugar y ese preciso momento, son, ni más ni menos, nuestro punto de partida.

☞ Todas las cosas —a pesar de su aparente banalidad e intrascendencia— sólo existen una vez, en un determinado momento, único e irrepetible.

☞ Detrás de las cosas grandes siempre están las pequeñas.

☞ No sé por qué cualquier visión racional de las cosas, deriva, casi siempre, en una defensa irracional de las mismas.

☞ Es mejor no afirmar. ¿Contradicción?

☞ Las personas somos caprichosas, inconstantes. Cambiamos de gustos, de opinión; vivimos en el contraste, en los extremos. Así, un día amanecemos parlanchines hasta el fastidio, y otro, silenciosos como una piedra. Lo raro es tener siempre

la misma actitud. No se puede vivir permanentemente serio, o estar todo el tiempo de broma. Yo también soy variable; puedo ser cariñoso o frío e insensible. A veces soy duro y pragmático, a veces, sentimental, hasta cursi. También puedo ser patéticamente dramático, o frívolo y liviano como una pluma.

☞ Con el tiempo, mis antiguas convicciones se han ido moderando. La experiencia obliga al matiz, pero sobre todo, a la duda.

☞ Nadie es una sola persona.



☞ Hay señales que me hacen dudar de mí.

☞ Bien a bien, nadie sabe lo que sabe, y menos, lo que no sabe, lo que ignora.

☞ Toda claridad ética o intelectual nace de la duda...
¿Será?

☞ Sin sentido común no hay talento ni virtud posible.

☞ Es posible que uno no quiera irse de este mundo por la simple y sencilla razón de que —seguramente— es el único que existe.

☞ El paso del tiempo es inevitable, y triste cualquier intento por recuperar el pasado.

☞ Yo no le tengo miedo a la muerte, sólo un terror desmedido a desaparecer.

☞ Se nos olvida muy fácil lo frágiles y vulnerables que somos.

☞ Los que se van, cuando se marchan, nos dejan tantos misterios como recuerdos.

☞ La pérdida de un ser querido, siendo un hecho universal, es algo que se sufre en solitario y de forma individual.

☞ A veces los muertos nos dejan hacer memoria, a veces no.

☞ Perder a los que amamos nos obliga a cambiar, a ser otros.

Sólo la distancia y el tiempo pueden aliviar el dolor. Consuelo que no es olvido, sólo resignación.

☞ Los muertos viven en las cosas y en las palabras que nos dejan.

☞ Nada nos deja tan agotados y con la sensación de que nada tiene sentido, como seguir de pie cuando los que más amamos se van.

☞ Cualquiera que haya perdido a un ser querido sabe que a partir de ese momento cambia totalmente nuestra manera de entender la vida. Y esto sucede porque cuando muere alguien que amamos, desaparece para siempre una parte importante de nosotros.

☞ ¿Cuánto dura un duelo?

☞ Hay situaciones en que lo que sabemos se vuelve absolutamente inútil; son momentos en que nada puede explicarse. Uno se queda como en punto muerto: ni para adelante, ni para atrás.

☞ Hacer las cosas no es difícil, hacerlas bien, sí.

☞ Me gusta simplificar las cosas, pero esto no quiere decir que piense que la solución más sencilla sea, necesariamente, la mejor.

☞ Las cosas serían menos graves si empezáramos a verlas tal y como son.

☞ Lo simple es lo mejor, lo difícil es lograrlo.

☞ Menos es más, y sobre todo, mejor.

☞ Toda esperanza supone riesgo, conlleva en sí misma la posibilidad del fracaso. Las ilusiones acaban, casi siempre, en desengaño. Sería mejor no esperar nada; que la esperanza, en lugar de ser lo último, fuera lo primero que perdiéramos.

☞ Toda creencia, y por tanto, toda esperanza, es un espejismo que tarde o temprano se desvanece.

☞ Pienso que nada en la vida es tan importante como creemos. Pero no por ello vamos a dejar de esforzarnos, ni vamos a perder nuestros sueños y ambiciones. Sufro, como todos, decepciones; sin embargo, he aprendido que detrás de cualquier desencanto vuelve siempre la esperanza. No creo —como dicen— que todo tiempo pasado fue mejor, o que los paraísos se hayan perdido; más bien, pienso que jamás existieron. La vida nos da y nos quita todos los días, y por eso procuro flexibilizar mi mente preparándola para los cambios que lleguen. Vivir es un permanente esfuerzo de adaptación y aceptación. Nadie hace lo que quiere, y todos, de alguna manera, nos sentimos frustrados.

☞ Tengo muchos defectos: soy ateo devoto, provocador permanente, y me gusta colgar en mi casa mis propios cuadros (quizá porque me salen gratis). Pero, también, tengo algunas virtudes: soy paciente, trabajador, capaz de atender varios asuntos a la vez, y guardo una posición política —equilibrada y poco convencional— que me permite, sin llegar a la indolencia, reconocer lo bueno y lo malo, tanto de la izquierda como de la derecha.

☞ Me cuesta admitir la existencia de Dios, aunque a veces acepto, sin discusión, otras cosas más difíciles de creer.

☞ Cualquier esfuerzo por afirmar o negar la existencia de Dios, es absurdo. Es, además, una de las cuestiones que más nos enfrenta y complica en la vida.

☞ La verdad es que tengo muy pocas, por no decir que ninguna, preocupación metafísica. Sin embargo —a pesar de dudar de la existencia de Dios y confiar relativamente poco en la ciencia— sí creo en el azar. Tengo la certeza de que la vida es bastante absurda e inesperada, y que todo, en cierta forma, es una casualidad, un simple e inexplicable accidente.

☞ No sé si hace falta una nueva Revolución, o una nueva Revelación. Y Dios, ¿qué será?, de izquierda, o de derecha.

☞ Ser de izquierda es bueno para la reputación, pero sobre todo, para el corazón.

- ☞ Siempre es bueno poder elegir de qué lado estar.
- ☞ Si se está preocupado por el futuro es imposible ser feliz en el presente.
- ☞ Tanto el optimismo como el pesimismo son una exageración.
- ☞ Lo único que nos puede hacer dichosos es asumir de una vez por todas nuestra pequeñez.
- ☞ Muchas veces lo que destruimos fue mejor que lo que construimos. Muchas veces, no.
- ☞ Los políticos deberían aspirar a la verdad, y no solamente a convencer. Hay que ser críticos con ellos, pero también objetivos. La realidad es compleja y no siempre debemos anteponer la crítica a la razón; con esto quiero decir que nuestros juicios y acciones deberían sustentarse en una mayor reflexión. Lo que está claro —y no tengo ninguna duda— es que los políticos piensan mucho más en su futuro que en el futuro de todos...
La verdad, ¡estoy harto de ellos!
- ☞ El abuso, el desorden y la falta de criterio en este país son asombrosos. La imposibilidad de cambiar, también.

- ☞ Es una pena que las decisiones importantes siempre las tomen los políticos, y no los artistas o los poetas; o, por lo menos, los científicos, que tienen —sin lugar a dudas— mejores argumentos.
- ☞ Hay días que siento un malestar indefinido, inexplicable. Y es por todo lo que pasa en el mundo y en mi país, y que me produce mucha inseguridad, mucha angustia y mucha frustración.
- ☞ Odio a mi país por el amor que le tengo. Y es que mi opinión sobre lo que somos los mexicanos es muy dura porque quisiera que fuéramos mejores.
- ☞ Pertenezco a un maravilloso pero maltratado país en el que hoy pocos creen. Y esto, por culpa de nuestra insensata debilidad moral. Lo digo con dolor, y porque urge asumir de una vez por todas el compromiso de empezar a llamar a las cosas por su nombre. Una cosa es ser prudente, y otra, quedarse callado como un imbécil.
- ☞ Una cosa es la lealtad, y otra, la sumisión. Una cosa es la justicia, y otra, la compasión.
- ☞ En estos tiempos de cambios políticos y acomodos de gabinete, el arte y la cultura se desarrollan de manera preocupante. Inquieta ver como se posicionan algunos individuos de poca ca-

lidad, decididos a beneficiarse personalmente sin ningún escrúpulo. Y lo peor del caso, que se ve difícil que las cosas puedan mejorar.

☞ Entretener a la población es una cosa, educarla, otra. La educación y la cultura son —estoy seguro— el mejor camino para superar todos los males que nos aquejan.

☞ Hoy que la cultura comienza a ir —afortunadamente— por rumbos populares y democráticos, se hace urgente y necesario no perder la mirada crítica y cuidar más que nunca los criterios de calidad y excelencia artística.

☞ ¿De qué sirven las ideas si no van unidas a la acción?

☞ Soy pacifista ¿algún problema? ¿Y si lo hubiera, qué?

☞ Hace tiempo que estamos tratando de mejorar nuestra situación. Todos los esfuerzos y acciones emprendidas están dando el siguiente resultado: los que estaban bien, están mejor, los que estaban mal, están peor, y los restantes —que son la gran mayoría— permanecen invariables.

☞ La verdad, no veo que hagamos mucho por nosotros mismos, y así nos va. Al mal humor, a la pereza, a la vulgaridad, a

la mentira y demás actitudes negativas hay que combatirlas no dejando que pasen a formar parte de nuestra rutina. Además, ya está bien de echarle la culpa a los demás; la solución comienza por nosotros mismos. Deberíamos de ser más prácticos y empezar —de una vez por todas— a mejorar las cosas. Para eso, lo primero, sería encontrar formas más sensatas de convivencia, y, sobre todo, no lastimar a nadie.

☞ Y me sigo preguntando, después de tanto ruido con eso del Bicentenario. ¿Había realmente algo que celebrar? Quizá lo único, nuestro arte, nuestra cultura; poco o nada en lo económico, en lo político y en lo social.

☞ Para algunos soy imprudente, hasta impertinente. Y esto, porque nunca me detengo para decir lo que pienso; incluso para discutir si es preciso. Siempre soy crítico y sincero aunque no me convenga.

☞ La diversidad es un concepto sobre el que siempre es necesario reflexionar. Tiene que ver con la diferencia, la variedad y la abundancia de las cosas.

☞ El que crece marginado difícilmente logra integrarse a la sociedad.

☞ En este mundo de diferencias en que vivimos, la tendencia

a relativizar nuestro pensamiento y nuestra actitud, surge, seguramente, como un antídoto contra los intentos de homogenización y globalización. Hoy, más que nunca, apreciamos el valor de la tolerancia y del entendimiento por la diversidad humana; pero una cosa es la tolerancia y el respeto a la diferencia, y otra, la indolencia.

Vivimos contagiados de una confusa flexibilidad que nos hace ver con demasiada ligereza lo que nos rodea. Todo es relativo y nada se puede afirmar. Cualquier opinión es respetable, y por lo tanto, hay que procurar la integración y no el enfrentamiento. Si bien es cierto que esta actitud tiene mucho de bueno, no es menos cierto que conlleva un insensato conformismo y una preocupante falta de valores. Se cree evitar los problemas minimizándolos, incluso ocultándolos. Se señala de incorrecto a quien se atreve a levantar la voz, y se piensa que la razón se encuentra a medio camino entre dos posiciones contrarias. Pero esta apatía, no es ingenua, es un gesto egoísta y oportunista, y un pretexto para no comprometerse con nada. Quien piensa que no existen parámetros para juzgar la realidad, legitima la irresponsabilidad. No nos engañemos, cualquiera puede darse cuenta de lo que está bien o está mal; basta con ponerse de vez en cuando en el lugar del otro y exigirnos ser un poco mejores. La tolerancia es un valor justo y necesario, pero si no queremos caer en la indiferencia y la insensibilidad, no debemos llegar tan lejos con ella. Sería como aceptar la imposibilidad de mejorar. Hay cosas que, definitivamente, no debemos tolerar.

☞ Hay quienes viven sin reflexionar amparados en una supuesta pureza o neutralidad. Son personas que sólo buscan su comodidad ahorrándose la molestia de conocer los problemas

humanos. Jamás se molestan en enfrentar las cosas para mejorar y prefieren vegetar y permanecer plácidamente en la ignorancia y la estupidez.



☞ En cuestiones de discriminación y preferencias no existen límites.

☞ Crecí sin tener una clara idea de pertenencia a un lugar, y así he vivido: con una rara y permanente sensación de extranjería. Nadie escoge dónde nacer, y nuestra identidad depende —claro está— de nuestras raíces, pero también, de nuestras circunstancias. Nunca me he sentido, ni americano, ni europeo, ni nada en particular. Tampoco estoy a favor o en contra de ninguna nacionalidad; me siento tan orgulloso de mi herencia española como de mi cultura mexicana, y no creo que tenga que escoger entre una u otra. ¿Cual es la necesidad de elegir? Se puede, perfectamente, pertenecer a ambos mundos a la vez.

☞ El sentimiento de identidad depende de la pertenencia a un lugar, de la posibilidad de establecer lazos con otras personas. Cosa difícil en un mundo de desplazados, apátridas, refugiados y migrantes sin papeles.

☞ Soy mexicano por naturalización, y por desnaturalización.

☞ Entiendo que lo humano es todo aquello que nos es común, pero, también, aquello que nos diferencia. Ahora bien —y es a lo que voy—, me parece que con eso de reconocer desemejanzas y no querer ofender a nadie, estamos llegando a extremos peligrosos, de apatía y resignación. Y no es cuestión de intolerancia, eso es otra cosa. Lo que creo, es que la paulatina pérdida de un pensamiento crítico nos está impidiendo asumir actitudes y acciones comprometidas para cambiar lo que definitivamente está mal.

☞ Aunque sea ir contra corriente, y parezca una batalla imposible, deberíamos combatir por todos los medios la vulgaridad. Le damos demasiada cabida a lo ordinario, quizá porque se nos ha hecho creer que todo merece respeto, y no es así. Nuestra tolerancia con la mediocridad nos está arrastrando a un verdadero desastre.

☞ Juzgamos a los demás a partir de nuestros gustos y nuestra particular y limitada experiencia. Cada quien es para sí mismo su propia medida, y lo común es no interesarse por aquello que no nos agrada. Sólo viendo las cosas desde dentro y desde diferentes perspectivas es posible comprenderlas.

☞ La fascinación por la juventud desplaza a los mayores en nuestra sociedad. Creo que en el trabajo lo importante no es la

edad, sino la capacidad, y muchas veces la vejez, más que nada, es cuestión de mala fama.

☞ No sé por qué, pero con el tiempo he podido comprobar que toda expresión de buen gusto coincide plenamente con mis preferencias.

☞ Todo tipo de celebraciones me molesta, sobre todo cuando se hacen demostraciones extraordinarias de júbilo por cuestiones que son completamente ordinarias.

☞ En todo el mundo se celebran los cumpleaños, pero sólo a los mexicanos se nos ocurre verlos como un suceso prodigioso, y como un pretexto inmejorable para expresar toda nuestra irracionalidad.

☞ La gente vulgar siempre se amolda a la opinión y moda dominantes.

☞ Aunque tengo más pasado que futuro, no me entusiasma mirar atrás. Prefiero ver el presente; y ojalá, el futuro.

☞ El día que cumplí sesenta años me acordé de una canción de Silvio Rodríguez que decía: *¿por qué se vive cuando se pasa de los sesenta? yo no lo sé, tendría que llegar allá...* Si bien es cierto

que es una edad poco habitual para debutar en algo, creo que después de los sesenta, setenta, u ochenta, todavía se pueden hacer muchas cosas. Acepto de buena gana los deterioros, sólo no quisiera perder la ilusión de emprender. No creo decir esto por tontería o inmadurez. Pienso, de verdad, que aún me queda mucho por hacer.

☞ Esta navidad tengo los mejores propósitos para mi familia y mis amigos... O quizá simplemente les regale una cosa.

☞ Hoy me siento triste por el mundo, pero al mismo tiempo, estoy contento conmigo mismo. Percibo una atmósfera de naufragio, y tengo una sensación muy parecida a la de adentrarse en un cuarto de enfermo. Sin embargo, yo conservo el optimismo, la alegría, la esperanza ¡Qué egoísmo!

☞ De un tiempo para acá vivo a la defensiva, al estilo kung fu. Nada de atacar, sólo defenderme y desviar los golpes que llegan por todos lados. *Resistir*, esa es la consigna cuando casi todo se vuelve en contra nuestra. En estos últimos años, además, mi pequeño mundo familiar se ha empobrecido con demasiadas muertes y me siento vulnerable. Hay cosas que no tienen remedio, no hay clemencia posible con el tiempo. La vida es mágica, pero frágil, y todo cambia demasiado deprisa. La tristeza y el desasosiego me abarcan por momentos, sin embargo resisto, y procuro encontrar momentos apacibles, que son un alivio para continuar... Ayudaría mucho que cada quien hiciera mejor lo que le corresponde.

☞ Vivimos asustados, bajo una ineludible sombra de temores, físicos, morales y emocionales. El miedo nos acompaña desde la infancia y determina toda nuestra existencia. Alcanza distintos grados y formas que tienen que ver con lo social, lo económico o lo afectivo: miedo al terrorismo, a la delincuencia; miedos relacionados con la salud, la soledad, la pobreza, la alimentación, los traslados. El miedo es algo consustancial a la vida; algo que sentimos por la ilusión de futuro y nuestro anhelo de eternidad. Tememos a lo desconocido y nos empeñamos en buscar una seguridad absoluta, aspiración que sólo genera incertidumbre, ansiedad. Y si bien es cierto que para sobrevivir hace falta un poco de miedo, éste nos ata, nos empuja a renunciar a la libertad, por eso es una forma de control. Todo poder político lo sabe y alienta nuestros temores, explota que nos sintamos amenazados. Dos cosas más para terminar: la primera, que el miedo sólo se combate desde adentro, aunque nos empeñamos en combatirlo desde afuera; y, la segunda, decir que yo, a lo que más le temo, es al miedo de vivir con miedo.

☞ Desde siempre, cuando siento miedo y no puedo dormir en las noches, cuento los sonidos que llegan a mi oído: sirena de ambulancia, carro de policía, camión de bomberos, ladridos, serenata, fricción de neumáticos en el pavimento, silbato del velador, zumbido de moscos, grillos, motor de gasolina, conversación fugaz, golpes del recolector de basura, cantos, gritos, viento, trueno, lluvia, pasos que se aproximan o se alejan, campana, carillón, pájaros madrugadores, pitido y traqueteo del tren sobre los rieles, tic-tac del reloj, borrachos, gatos enamorados, desagüe de los baños, crujido de madera, hojas que corren por el piso, mi propia respiración...

☞ No sé como llegamos a esta inquietante situación. El caso es que, ya sea por la situación económica, por el miedo a la delincuencia o por la emergencia sanitaria, hace días que permanecemos secuestrados en nuestros propios hogares viviendo un absurdo y humillante arresto domiciliario.

☞ Si bien es cierto que no hay razones para alimentar la preocupación y el desánimo, debemos de reconocer que una inmensa y compleja diversidad de peligros nos acechan.

☞ Los estados de ánimo colectivos determinan el ánimo y el humor individual. El desaliento y el mal humor son muy contagiosos, por lo que creo que en tiempos de crisis y depresión colectiva como el que vivimos, la alegría y la confianza son un asunto de sobrevivencia. Una buena receta para nuestros problemas, es combatir por todos los medios el pesimismo y la frustración.

Cada quien verá cómo lo logra.

☞ La angustia no se quita tan fácilmente, pero cierta ansiedad y muchos malos humores, sí que se atenúan dando un paseo, saliendo a caminar.

☞ A veces lo mejor que uno puede hacer es esperar, quedarse en casa, quietecito y calladito. O mejor aún, meterse en la cama y dormir hasta que los pesares se esfumen por completo en nuestro sueño.

☞ Vuelvo a sentirme angustiado, atrapado en un callejón sin salida, al que por momentos —no sé si para bien o para mal— puedo ver como un sitio cómodo y acogedor.

☞ Cada día me gusta menos consumir, acumular objetos. Por momentos quisiera deshacerme de muchas cosas que tengo; guardo demasiadas, unas porque las necesito, otras, porque no tengo más remedio. Compró poco, y gastar no me da mayor satisfacción ni seguridad, tampoco alivia mi angustia existencial. Sinceramente, no sé qué me pasa. Será la crisis, la depresión, la madurez, o un poco de cada una.

Espero que se me pase.

☞ Después de tanta agitación y tanto ajetreo vengo a encontrar la paz un poco sin buscarla. Y lo digo en tono de resignación y con preocupación, pues resulta que la crisis me ha metido de lleno en el ocio, en un paro obligado; en algo así como un retiro forzoso y prematuro al que ya empiezo a encontrarle cierto gusto. La crisis se está cargando mi carrera —igual que la de otros colegas—, pero también, está siendo una oportunidad de oro para poner varias cosas en orden y aclarar cómo me gustaría vivir de aquí en adelante. Es momento de mudarse a otra realidad, y de abandonar el pesado bulto de la egolatría para atender las cosas importantes, como la familia y los amigos. Por supuesto tendré que poner mucho más empeño en el trabajo —si no lo tengo, me lo invento. Pero, además, habrá que disfrutar aún más de los paseos, de la lectura, del cine y de la Champions League. Lo mejor es enfocar la atención en el presente y no preocuparse demasiado por el futuro. Trataré de vivir tranquilo; tanto esfuer-

zo, tanta preocupación ¿para qué? Mejor, más discreción, más ironía y escepticismo; menos expectativas.

☞ Cuando no van bien las cosas en nuestro trabajo, nos sentimos inseguros. Ese es el preciso momento para esforzarnos más, para seguir buscando; no hay mejor remedio contra la incertidumbre que trabajar con renovados bríos.

☞ Nunca he ido al psiquiatra, ni al psicólogo; prefiero ponerme a trabajar. El trabajo ha sido mi bálsamo, un jarabe capaz de curar cualquier enfermedad.

☞ Soy víctima de esa patética necesidad (o necesidad) de tener que estar siempre haciendo algo productivo.

☞ Debe ser terrible tener que trabajar únicamente por dinero... pero también, sólo por amor al arte.

☞ La palabra descanso, en su sentido más absoluto, es un concepto que, más que nada, tiene que ver con las palabras enfermedad o ganado, y no con el estado normal de las personas.

☞ Pasa muchas veces que cuando mejor empiezan a irnos las cosas, las abandonamos. Quizá porque ya no son un desafío y se convierten en rutina.

☞ La necesidad es, muchas veces, una forma de pereza, una coartada para no molestarse en pensar, en aprender.

☞ ¿Será por no reparar en mis limitaciones que siempre me embarco en una nueva aventura? Mi actitud ha sido continuamente la de ir tras aquello que deseo o que considero tener derecho. Me da terror la rutina, y cada vez que me aburro, rompo la monotonía iniciando un nuevo proyecto. Así, he perseguido mis sueños con entusiasmo, lo cual, conlleva estar dispuesto a la preocupación, incluso, a modificar permanentemente mis costumbres. Supone valentía, pero además —debo reconocerlo— una buena dosis de irresponsabilidad.

☞ Me cuesta demasiado el trato con los demás. No es que sea antisocial, pero lo mío, es estar con poca gente y concentrado en mis cosas. Últimamente he reducido —y no por mi voluntad— el ritmo de trabajo, y quizá por eso mi mundo se ha vuelto más complejo y reflexivo, lo cual me gusta. El caso, es que ya no quiero tratar con personas que me hagan perder el tiempo, que me vengan a distraer de lo que considero importante. No pienso regalarle ni cinco minutos a ningún idiota que venga a interrumpirme, y que me haga sentir mal. Quiero economizar al máximo los esfuerzos y aprovechar cada momento que me regale la vida.

☞ Ojalá pudiéramos vivir sin escuchar tanta tontería, sin tener que darle vueltas a cosas que sólo enturbian nuestro pensamiento. Una palabrería hueca nos machaca todos los días desde los

medios comunicación; nos apabullan con una avalancha de noticias intrascendentes y mal intencionadas. Nos manipulan y lo permitimos. Nadie protesta, ni dice nada. Vivimos instalados en la estupidez colectiva y en una ligereza de pensamiento cada vez mayor. Repetimos y comentamos todas las vulgaridades originadas en la prensa y la televisión que sólo sirven a intereses mercenarios. Se ha instaurado un confuso relajamiento social que tolera dócilmente la divulgación y promoción de los más ordinarios acontecimientos con una indiferencia que raya en la más absoluta irresponsabilidad. Y todo lo anterior —para que vean que soy exagerado—, sólo para comentar que me parece ridículo el espacio que le dedicaron los medios nacionales a la noticia de que la bandera mexicana arrasó en el concurso *La bandera más bonita del mundo*, actividad promovida por un periódico español. Casi un millón de mexicanos visitó su portal de internet y votó por nuestra bandera; muchos más, se enorgullecen de esta distinción. Hace años, ya ganamos un certamen similar. Esa vez, por la belleza de nuestro himno, quedando únicamente por detrás de “La marsellesa”. En otros concursos que se están realizando ahora mismo, como *¿de qué país es la Miss más guapa?*, Miss México va en el primer lugar —por amplio margen—, y, en *¿cuál es el mejor plato típico del mundo?* van ganando los tacos. En otros asuntos también destacamos, pero de eso, mejor ni hablemos; para qué pasar de la vergüenza y la ironía, a la preocupación.

☞ ¿Cómo se puede vivir haciéndose el como que la Virgen te habla, dándole vuelo a la hilacha, y aspirar a un futuro mejor?

☞ Es curioso ver como algunos sujetos de poco carácter se

enredan en absurdas e interminables explicaciones, y lo difícil que les resulta decir las cosas directamente.

☞ Todo parece indicar que habrá que resignarse a convivir con la estupidez.

☞ No sé por qué algunas personas se esfuerzan tanto en agradar.

☞ ¡Que vulgar es el verano! Me parece deprimente. Hace calor, los amores son efímeros, dejamos de trabajar, viajar es más caro, andamos mal vestidos. Y además, no juega el Barça.

☞ Hay que aprender a viajar con lo imprescindible.

☞ Viajar implica tener que asumir una actitud curiosa y valiente. La idea que se tiene de que los viajes ilustran, que nos hacen más sabios y mejores, es bastante discutible. Viajar puede ser algo tan intrascendente, tan frívolo, como pasarse toda una tarde viendo la televisión. Hay pocos viajeros sensatos, por la sencilla razón de que hay pocas personas sensatas.

☞ Siempre he preferido caminar por la calle que visitar un museo.

☞ De vez en cuando quisiera despertar al sereno, abrigado

sólo por la naturaleza. Me gustaría amanecer en el campo y revivir la aventura de cocinarme un par de huevos en la hoguera. A veces, necesito pisar la realidad y observar en silencio el paisaje, las plantas y los animales; cada día es más difícil encontrar un sitio donde estar en paz y respirar aire fresco.

☞ Sinceramente, prefiero la comodidad de mi casa al idílico retorno a la naturaleza.

☞ Algunas personas van con tanta prisa que se les olvida vivir. Otras, tan despacio, que se vuelven viejas antes de empezar a hacerlo.

☞ Me pregunto ¿quién ganaría en un hipotético enfrentamiento entre el *ego* argentino y el *ninguneo* mexicano?

☞ Es preferible llevar una vida difícil pero divertida, que una vida cómoda pero aburrida.

☞ En estos tiempos de feminismo, utilizar la palabra “musa”, es algo que puede tener serias implicaciones machistas.

☞ Hay cosas que digo en broma, aunque parezca que las digo en serio. Y hay cosas que digo en serio, aunque parezca que las digo en broma.

☞ ¡Se nos cayó el sistema! —dijo el empleado público de la oficina de Relaciones Exteriores. Fue justo en el momento en que me iban a entregar mi pasaporte tras un larguísimo y desquiciante trámite que duró casi año y medio...

—¿El sistema nervioso central? —le pregunté. Y el burócrata se las cobró conmigo.

☞ Ya no podría vivir sin la interminable suma de información que hay en internet. Tampoco, sin consultar varias veces al día mi correo electrónico. Más que una necesidad —lo confieso— es una adicción, un vicio al que me he enganchado. Vivo conectado en todas partes, en la casa y en la calle. Cada que veo la pantalla, espero que suceda algo importante; pero nunca pasa nada, la verdad.

Las noticias van llegando poco a poco, en episodios, y jamás hay un final.

☞ El hombre y el perro, ¿son realmente amigos? ¿O tienen, tan sólo, una relación abusiva y de poder?

☞ Los perros reconocen, no sólo el sexo y la edad de las personas, sino también, su clase social. Un perro pobre no se enfada con un perro rico, pero sí le irritan las personas más pobres que su amo.

☞ Me sorprendió escuchar en el noticiero matutino que a los perros callejeros les llamaran “población canina en situación de calle”.

☞ Es nuestra forma de vivir, pero sobre todo, nuestra forma de amar, lo que mejor nos define.

☞ La comunicación y la comprensión mutua son la esencia del amor.

☞ Es necesario conocer muy bien una cosa antes de poder disfrutarla de verdad.

☞ La ignorancia tiene sus ventajas: todo se vuelve más simple. En cierta forma, lo que no conocemos, no existe.

☞ Todo es incierto, confuso, menos lo que el corazón nos dice.

☞ No siempre se debe anteponer la crítica a la comprensión.

☞ ¿Y qué hago mal si doy limosna; o si no la doy?

☞ El café primero es verde, después, rojo. A mí, me gusta negro. Aunque realmente, es café.

☞ Los números no son sólo números, menos un simple ins-

trumento para sumar y restar. Además de ser misterio, son arte y poesía.

☞ Quitando las cosas buenas —que las tiene— estoy seguro de que si no tuviéramos agujeros, todo sería mejor. Casi todos los males nos entran por ahí. Sería bueno nacer sin hoyos, blindados; sin ninguna posibilidad de que algo pudiera penetrarnos.

☞ ¡Cuidado! Nadie está a salvo de decir, o de cometer, alguna tontería.

EL ESPACIO PÚBLICO EN QUERÉTARO

☞ Seguramente las opiniones y el rechazo de unos cuantos como yo, no evitarán la inercia de que en nuestras calles y plazas sigan proliferando torpes efigies de próceres bronceados y petrifcados, a pie o a caballo, así como absurdas esculturas “modernistas” y “fuentes danzarinas”. Sorprende la indiferencia ante los horrores y atropellos estéticos que se multiplican día a día en los espacios públicos. Nadie protesta cuando se instalan caprichosamente obras que convivirán permanentemente con los ciudadanos. Es evidente la falta de planeación y sensibilidad artística de quienes mandan a colocar o reubicar nuestros monumentos, fuentes y esculturas, convirtiendo a nuestra ciudad en un caótico batiburrillo y en un sitio de progresiva pérdida de identidad.

Son demasiados los monumentos y esculturas que no armonizan con el entorno arquitectónico, y pocos los que tienen un indiscutible valor histórico y cultural; lo más recurrente en to-

dos los rincones, es el monigote patriótico, paticorto, la figura *kitsch*, el objeto absurdamente agrandado o el bodrio sin sentido alguno. Ejemplos abundan, dentro y fuera del Centro Histórico: la estatua ecuestre de Melchor Ocampo, frente a la entrada del parque del Cerro de las Campanas, la de Ignacio Pérez, en el cruce de Universidad y Corregidora, la vulgar representación del danzante conchero, junto a San Francisco, el Santiago Apóstol, que no cabe en la cuchilla de Independencia y Venustiano Carranza, el bronce de Josefa de Vergara, junto a Teresitas, los “músicos efebos” de los andadores Libertad y Vergara, las dos esculturas para nuevo rico en acero inoxidable de Leonardo Nierman, el “Futbolito”, en 5 de febrero, el “monumento a la familia”, frente al centro comercial Plaza del Parque, y, el peor de todos —no sólo por razones estéticas, también éticas—, el descomunal monumento a Benito Juárez que corona la ciudad, en la cima del Cerro de las Campanas.

No existe en Querétaro mucha conciencia sobre este asunto, y por eso algunos “artistas” han disfrutado del favoritismo político para producir irreflexivamente una enorme cantidad de objetos bizarros, carentes de imaginación o propósito. Son trabajos que se derrumban cada día más, literal, artística y simbólicamente.

Desde principios del siglo XX, y con los innovadores aires vanguardistas, muchas ciudades —algunas, incluso, sin ostentar el título de patrimonio de la humanidad—, empezaron a promover encuentros de especialistas para discutir el difícil tema del espacio público. Desde entonces, la lógica y la percepción del monumento y la estatuaria se han venido modificando, siendo este tipo de expresiones cada vez más rechazadas, y tendiéndose a una arquitectura más esencial, ordenada y funcional. Así, se han revisado otros aspectos relacionados, como el mobiliario y

los adornos; bancos, marquesinas, balaustradas, escaleras, miradores, plazas, señalamientos, iluminación, áreas verdes, etcétera. Habría, pues, que ponerse a trabajar en Querétaro, y, dado su significado, comenzar por el Centro Histórico, que ha sido usurpado por automóviles, oficinas públicas, comercios y todo tipo de festejos populacheros.

☞ Hay cierto tipo de presiones que me orillan a trabajar con una energía desorientada en la que nada me retiene; es un estado de ánimo desequilibrado que no me deja concentrar y que me hace pasar inmediata e irracionalmente de una cosa a otra sin resolver, bien a bien, absolutamente nada.

LA HERENCIA DE MANUEL NAREDO

☞ En estos tiempos en que el arte y la cultura se desarrollan de manera preocupante, irrita ver como se posicionan algunos individuos de poca calidad, decididos a beneficiarse sin ningún escrúpulo de los cambios que se avecinan. Al que le venga el saco, que se lo ponga.

Es cierto que se debe de mejorar la gestión artística y cultural en nuestro Estado, pero, para lograrlo, antes que nada, habría que ampliar significativamente los recursos económicos del sector, propiciar una mayor autonomía del Instituto, y generar una participación más comprometida y responsable de todos los agentes que lo integran —artistas, directores y funcionarios en todos los niveles. Creo, también, que es importante no desbaratar lo que se ha hecho bien, así como darle una oportuna continuidad a los proyectos que lo ameriten. Reconozco

y valoro mucho, la más que sensata labor que Manuel Naredo ha realizado durante los últimos años por el arte y la cultura de Querétaro. Gracias a su honestidad, compromiso y capacidad, hoy tenemos, no solamente una ordenada estructura institucional, sino un ejemplo personal de gentileza y generosidad. Espero que la calidad y respetabilidad que él le ha dado al Instituto de Cultura, se conserven. Y que, ojalá, el más importante de sus proyectos —yo así lo considero—, se lleve a cabo con el mismo espíritu con que Manuel lo concibió; me refiero al propósito federal y estatal del Centro de las Artes de Querétaro, en el Antiguo Convento de Santa Rosa de Viterbo, propuesta extraordinaria e imprescindible para nuestra comunidad, y que, Manuel Naredo nos hereda.

☞ Me gustan las palabras compuestas. Las hay formadas por dos vocablos, por ejemplo: *marcapasos*, *quitapesares*, *cubreca-ma*, *pasamontañas*, *cantamañanas*, *sacapuntas*, *cortapapeles*, *rascacielos*, *guardafangos*, *cejijunto*, o, *tapabocas*. Otras, más escasas, están compuestas por tres, como *limpiaparabrisas*. Los invito a encontrar —o a inventar— la palabra compuesta más larga posible. Van algunos ejemplos: *marcacazabombardero*, *casaltamontes*, *limpiaportaviones*, *quitacubresacacorchos*, *guardasaltamontacargas*, *tapacubrepulelimpiaparabrisas...*

☞ Hablar con la gente me intranquiliza, y, en el mejor de los casos, me fatiga.

☞ Me aburre mucho la gente divertida.

☞ Hay conversaciones que me producen cierta incomodidad estética.

☞ Importancia de la ortografía. No es lo mismo ceda el paso, que: se da el paso. ¡Cuidado con los accidentes!

MEMORIA

.....

☞ Mi abuela Charito vivía atenta a todo lo que pasaba a su alrededor. Me vigilaba sin que me diera cuenta y era excesivamente severa con sus regaños. Todo en ella era exagerado, tanto su ternura como sus enojos. Coqueta y muy graciosa, casi siempre estaba de buen humor, pero cuidado y se enojara. Estando de buenas me llamaba “*el rei de la yaya*”, pero si le salía el mal genio, acababa gritándome. Terminaba siempre con la misma frase: —*¿Saps que et dic? ¿Saps que et dic?* —repetía— *¡Ves a fer punyetes!**

☞ Mi abuelo me enseñó algunas labores artesanales hoy casi olvidadas. Con él aprendí a usar el ábaco, a reconocer algunas tipografías y a corregir páginas y galeras usando los signos convencionales. Entre otras cosas, me enseñó a acuarelear reproducciones de antiguas xilografías que él mismo imprimía, y que, con un gran cariño, regalaba a sus amigos.

☞ Tanto me cuidaban mis abuelos que no me dejaban salir a la calle. Pasé muchas tardes mirando jugar a otros niños desde la ventana de nuestro departamento en la Colonia Roma.

—¿Sabes que te digo? ¿Sabes que te digo?* —repetía— *¡Vete a hacer puñetas!*

☞ Mi madre no fue precisamente una madre cariñosa. Sin embargo, no me afectó demasiado, más bien, lo contrario. Había en ella algo muy formativo, algo que me daba mucha seguridad y libertad. Mis abuelos eran bondadosos y protectores, pero poco me dejaban aprender por mí mismo. Aprecio la libertad por encima de todo; creo que nadie tiene derecho a quitárnosla, y creo que sólo se construye a partir de uno mismo, y siendo libres desde pequeños. Sólo así podemos orientar nuestro destino, por lo que me parece dañosa una relación materna (como lo son la mayoría) que impida cortar el cordón umbilical. Mi madre me enseñó a ser responsable e independiente. Yo me pasaba el día en la calle, volvía a casa muy tarde, y nunca me preguntaba nada. Era una mujer maravillosa, rebelde, romántica y valiente. Libertaria y generosa; jamás sentía compasión por nadie, menos por ella misma. (La compasión, a diferencia de la generosidad, conlleva un sentimiento indigno, de lástima). Tuve suerte: la mayoría de las mujeres son compasivas y posesivas.

Una buena madre —como la mía— no es fácil de encontrar. Agradezco su temperamento, aunque sé, también, que por aquella forma de ser, estuvimos a veces alejados. Mi madre era idealista y radical, y yo, como ella, también lo he sido. Hoy pienso que no es tan bueno serlo, por lo menos de aquella manera, con aquel activismo tan absoluto. Mi madre fue la más extremista de las personas que conocí, y por eso tuve con ella una espinosa relación que al final se volvió muy estrecha, un poco tardía, quizá, pero muy buena. El tiempo nos enseña que nos equivocamos, y lo absurdo que es vivir enfrentado con los demás, sobre todo con los más cercanos.

☞ A la influencia de mi madre debo, sin duda, mi disposición

a la acción. Es algo que me aleja siempre del reposo y la contemplación.

☞ Daniel Boldó —el hermano menor de mi madre— es el único tío que tuve. Fue mi padrino benefactor. Era bueno y cariñoso. Entre otras cosas, me enseñó a atarme los cordones de los zapatos, a ir en bicicleta, a disfrutar del fútbol, a jugar ping-pong y boliche; y a bucear con aletas y “chupóptero” —no sé porqué le llamaba así al esnórquel. (Chupóptero es alguien que vive de los demás, y, esnórquel, un tubo de goma para respirar debajo del agua.) Cuando cumplí 15 años, el *meu padrinet* me enseñó, además, a manejar en su automóvil Renault 8 Gordini, modelo 64.

☞ El único hermano que tengo siempre me cuenta mentiras. Esto no quiere decir que sea un mentiroso. Él sólo construye complejas e ingeniosas historias a partir de la verdad; imagina ficciones casi reales que sabe envolver con un sofisticado toque mágico y alucinante. Practica este arte desde niño, y lo hace con elocuencia y eficacia. Pero no lo hace por maldad —hasta donde yo creo—, es sólo un artificio para recuperar y conservar las ilusiones perdidas, tanto propias, como ajenas; le gusta ver a la gente contenta. Mi hermano tiene un extraordinario talento para llevar cualquier explicación a planos insospechados, sobre todo, cuando habla de sí mismo, de su propia intimidad.

☞ Cualquier relación entre hermanos está llena de actos tontos y violentos, de ambigüedades, contradicciones, pero sobre todo, de incompreensión.

☞ Muchas veces las relaciones entre parientes son confusas y conflictivas. Toda situación familiar está cargada de sensibilidad, sobrentendidos, culpas y demás sentimientos que nos hacen vulnerables.

☞ Las comilonas son —desde siempre— una de las actividades familiares con las que mejor se expresa el amor y la unión entre sus miembros; pero también, son motivo de preocupación y conflicto.

☞ Tendría trece o catorce años cuando, por fin, me atreví a confesarle mi amor a mi vecinita. Esa misma tarde que nos hicimos novios, mi madre —que era una mujer impulsiva— lo primero que dijo al regresar a casa, fue: “nos vamos mañana”. Decidí no despedirme de mi enamorada, me pareció cruel y ridículo. Nunca más supe de ella, como tampoco nunca supe el motivo del arrebato de mi madre. Lo que sí sé, es que fue el comienzo de una nueva vida.

☞ Comencé a fumar a los catorce años y me peinaba de raya a un lado. Ahora, ya no fumo, tengo más de sesenta años y jamás me peino.

☞ No sé porque le llamaban “canallera” al lugar donde nos llevaban castigados en la secundaria. El sitio era una galería de cristal que vestibulaba el “Castillo” del antiguo Colegio Madrid, en Mixcoac. Siempre me extrañó el término, sobre todo, porque

nuestros maestros eran muy castizos, o sea, muy preocupados en preservar la pureza del castellano. El caso es que si por *canalla* entendemos una persona ruin, vil, me parece desproporcionado que se le llamara así a aquel espacio de aislamiento y corrección juvenil.

Con el tiempo pensé que el vocablo provenía del catalán. *La canalla* es un término cariñoso que en catalán se refiere a un grupo de niños; *la canalla* catalana, semánticamente no tiene nada que ver con *el canalla* castellano. Verlo así, la verdad, me tranquilizó bastante. En fin, como haya sido, el caso es que aquel sitio era el punto de reunión al que invariablemente íbamos a parar siempre los mismos canallas.

Aclaración pertinente: Hace muy poco, vengo a enterarme de que el nombre “canallera” proviene de la palabra *canariera*, que significa jaula grande o lugar para la cría de canarios.

☞ Mi profesor de dibujo acostumbraba quedarse dormido mientras copiábamos perezosamente unos absurdos objetos que él colocaba sobre una mesa. Recuerdo que durante la hora que duraba la clase, entrábamos en un estado colectivo de sosiego, contemplación y felicidad.

☞ Nunca fui buen estudiante. Por eso, y por una urgente necesidad, empecé a trabajar desde muy joven. A finales de los 60 tuve la fortuna de entrar a Ediciones Era, y, al poco tiempo, sin apartarme del todo de la editorial, me hice aprendiz en Imprenta Madero. Conjugué ambos empleos, ensanché, y en mucho, mi particular horizonte. Fue la mejor oportunidad que pude tener

para aprender un oficio y acrecentar sensiblemente mis criterios estéticos y morales. Recuerdo lo activo y alentador que era estar en aquel lugar que compartían la editorial y la imprenta. Ahí, se producían los mejores libros, revistas, carteles y publicaciones culturales del país; y ahí, comencé a descubrir la mayoría de mis vocaciones, y lo más importante, aprendí a trabajar.

Después de 40 años sigo recordando la ejemplar integridad de mi amiga Neus Espresate y la silenciosa autoridad de Vicente Rojo. Todavía tengo pesadillas con las proverbiales broncas de José Azorín, que me formó profesionalmente y tanto me apoyó. Pepe, como todos le llamábamos, me dejó vivir de gorra con mi madre y mi hermano, en la destartalada casona de la colonia del Valle donde estuvo antiguamente la imprenta antes de mudarse a Granjas Esmeralda. En esa casa hice mis pininos artísticos, reciclando maculatura (pliegos mal impresos que se desechan por defectuosos), pedazos de maquinaria y demás basura industrial. Definitivamente, Era y Madero fueron la mejor escuela, la mejor universidad a la que pude asistir. Pasar por ahí, me dejó en una posición de privilegio ante la vida. Neus, Pepe y Vicente, más que unos jefes de intimidante capacidad, fueron para mí, como para muchos otros, unos extraordinarios maestros que supieron transmitir sus conocimientos y su pasión por el trabajo. Tampoco olvido las enseñanzas de los maestros Roberto Muñoz, impresor, y de Hipólito Galván, encuadernador. Con ellos, además del oficio, conocí la importancia del trabajo en equipo y el valor de la solidaridad.

Por esos años, como muchos jóvenes que vivimos el movimiento del 68, me enganché a la política. Me volví activista radical y viví casi una década como militante de izquierda. Fue una época en que la impaciencia me asaltaba y el tiempo no me alcanzaba para cumplir con mi trabajo y la militancia. Período

agitado y comunista que me llevó a tomar la decisión de abandonar la imprenta y dedicarme —sin mayor aptitud ni vocación— a estudiar la carrera de Economía. Por supuesto, no la terminé. También, abandoné la política y pronto regresé a las artes gráficas y a las labores editoriales, ocupaciones que, desde entonces, de una u otra forma, nunca he vuelto a dejar. Además, empecé a pintar, y seguí mi camino.

Hoy recuerdo aquellos años con bastante extrañeza y lejanía, sin mayor nostalgia, ni idealización. Hice lo que tenía que hacer en aquel momento y creo que no tuve elección. Cuando las cosas hay que hacerlas, se hacen, y punto. Fueron años de riesgo y sacrificio, de mucho trabajo, de intensidad y romanticismo. Hoy todavía no sé si todo aquello sirvió de algo. Poco a poco, muchas de las convicciones que tenía empezaron a tambalearse, y, algunas, se derrumbaron estrepitosamente. De lo que estoy seguro es que fui leal con las razones de ese tiempo, y que la militancia y el trabajo —sobre todo el trabajo— me hicieron mejor persona. Desde entonces, no existe para mí una mejor manera de estar que trabajando. Me siento bien si estoy ocupado, y me gusta vivir concentrado, entregado en cuerpo y alma a mis deberes, absorto en cualquier actividad productiva.

☞ En el fondo, nadie nos enseña nada. Y lo digo, quizá, porque soy autodidacta. Pienso que los padres, en general, no saben educar a sus hijos porque los protegen demasiado. Yo, donde más cosas he aprendido, es en el trabajo. Pero sobre todo en la vida misma, andando errante, sin rumbo fijo. De joven me fascinaba la calle, aunque ahora la deteste. Fue vagando donde me llené de aventuras y de experiencia. Aprendí más en la calle, que en todas las escuelas por las que pasé.

☞ Vivo en Querétaro, lugar que quiero y conozco desde hace veinticinco años. Aquí eché raíces. Tengo la fortuna de dedicarme a lo que me gusta, y esto, en buena parte, gracias a la tranquilidad que me da vivir en este sitio. Gozo del privilegio de poder despertar cada mañana con el canto de los pájaros y de empezar a trabajar sin tener que salir de casa.

Sé bien que todo lo que empieza acaba, y casi siempre, en fracaso; sin embargo, pienso que cualquier actividad que emprendamos debemos de asumirla con emoción y entrega absoluta. Yo empecé a pintar con desbordado entusiasmo a mediados de los setenta, cuando aún eran tiempos de respeto y admiración por lo pictórico. Podría afirmar que he logrado, con más o menos fortuna, hacer una carrera de pintor; lo digo sin ninguna pretensión. Sinceramente, tengo mis dudas acerca del valor de mi trabajo, y ningún halago o reconocimiento que venga, podrá despejarlas. Pero en fin, de lo que iba a hablar es de otro asunto. Quería decir que las cosas cambian demasiado aprisa; que nada permanece, y que nuestros sueños de futuro se desvanecen sin darnos cuenta. Todo lo que hacemos se convierte rápida e irremediabilmente en anacrónico. Y lo que nunca pensé, en muy pocos años, vengo a encontrarme con la penosa realidad de que practicar en nuestros días la pintura, es, no sólo una vocación anticuada, sino, incluso, reaccionaria.

La pintura siempre ha estado cerca de mí, como promesa, como necesidad, o como forma de vida, y si bien mi pasión por ella ha disminuido, no pienso abandonarla. Seguiré pintando, aunque intuyo una urgente necesidad de buscar otros caminos expresivos. Quizá por eso empecé varios *blogs*, los que se han convertido en espacios de desahogo y comunicación con los demás. Les dedico bastante tiempo, en parte, porque me sobra, y en parte porque estoy descubriendo en este mundo del cibe-

espacio una infinidad de cosas que pasan a mi alrededor y que hasta hace poco ignoraba. Es muy fácil hacerse un *blog*, pero demanda mucho esfuerzo actualizarlo. Quien tenga uno, sabe de lo que estoy hablando. Hace poco, además, logré hurtar a la prensa de mi ciudad un espacio donde publicar mis crónicas. Procuraré, pues, aprovechar estas dos herramientas de la mejor manera posible.

☞ Vivo en un lugar como hay muchos en el mundo. Es una ciudad que ha crecido demasiado en los últimos años, pero que aún conserva la esencia provinciana. Su sociedad, conservadora y tradicionalista, está colmada de personajes de primitiva ambigüedad moral, tan prejuiciosos, como hoscos y desconfiados. Ser diferente aquí, puede pagarse muy caro. Sin embargo, es un sitio donde te puedes concentrar en fecundo y distendido aislamiento; seguramente, porque no tienes demasiadas distracciones, aunque sí, muchas probabilidades de fracasar.

Nunca aspiré a una residencia ostentosa y valoro mucho la vida de barrio. Por eso, escogí una casa a orillas del casco antiguo, un refugio que he ido modificando, poco a poco, según mi gusto y necesidades. Vivo rodeado de cúpulas, campanarios, plazas, jardines y estrechas calles adoquinadas, así como de viejas casonas de conservadas fachadas, engañosamente limpias, que esconden detrás de sí una vida menos ordenada y feliz de lo que aparentan. De cualquier forma, es un buen sitio para vivir —no tuve que viajar demasiado para darme cuenta, lo supe desde que llegué, hace más de veinte años. Es ordenado, cómodo y sin ningún tipo de inclemencias, ni climáticas, ni políticas, ni sociales; ni siquiera culturales. Querétaro es una ciudad aburrida, de una rutina imposible de evadir, “la capital del bostezo” la llama mi hermano.

Hay algo exasperante en el ambiente, y creo que es el peligro de acostumbrarse a no hacer nada, a caer en el hastío, a consumirse en la monotonía. Si no te cuidas, te contagias, te pudres y acabas, indolentemente, aceptándolo todo. Lo más razonable para sobrevivir en este lugar y plantarle cara a la incertidumbre, es mantenerse activo, ocupado. Y eso es lo que procuro hacer.

Me establecí sabiendo el riesgo que corría. Mi madre —que me preparó desde niño para la aventura— me lo advirtió. Y a pesar de que el aburrimiento siempre ha sido el monstruo que más he temido, decidí quedarme en esta ciudad por un urgente anhelo de sedentarismo y sensatez. Me instalé para sentar cabeza —no sé si lo habré logrado—, para sembrar raíces, como se dice; para establecer costumbres y arraigos que no tuve en mi infancia y juventud. Pude haber elegido cualquier otra parte, pero me quedé aquí, varado como ballena vieja, cuidando las cosas que he ido acumulando, metido en mi estudio y en mi computadora, que son todo lo que necesito para concentrarme, además de un poco de orden y silencio.

Mi casa-taller combina lo doméstico y lo profesional, es una coraza que me aísla del mundo. Está organizada por áreas más o menos separadas, pero sobre todo, subordinadas al trabajo. Debo reconocer que con respecto a mi taller sufro una gran dependencia, pues es el espacio que más ocupo de la casa, donde mejor estoy y donde todos los días me concentro en mis cosas para no sentir que el tiempo se me escapa inútilmente —los que provenimos de familia obrera tenemos muy arraigada la disciplina y el sentido de responsabilidad. A veces me “pongo en forma” y peloteo sobre un muro de mi estudio, y, si es el momento, me aplico al mayor vicio que tengo: ver por televisión los partidos de mi querido Barça. Tampoco soy de mucha vida social y me cuesta bastante el trato con los demás.

Muchas tardes, cuando termina el día, y sobre todo en los innumerables puentes y períodos vacacionales en que no hay nada que hacer salvo matar el tiempo (horrible expresión), Esmeralda —mi mujer— y yo, aprovechamos los últimos rayos de sol para caminar sin rumbo, aunque casi siempre terminamos en el mismo punto: sentados en una banca de la plaza principal, mezclados con lugareños y turistas en una especie de sopor taciturno, casi animal, bajo un intensísimo cielo azul en el ocaso.

Aquí soy feliz, la verdad. Lo he sido durante mucho tiempo. Llevo una vida fácil que me permite —entre la calma y la irritación— mirar hacia delante sin demasiada angustia. Y si bien a momentos me siento atrapado por una realidad demasiado banal, y me gustaría tener otros estímulos más cosmopolitas, aquí quiero seguir; aquí me quedo, a decir lo que pienso, y a esperar el fin de todos los tiempos. A fin de cuentas, estoy satisfecho con mi suerte, logré lo que nunca pensé: arraigarme en un lugar de privilegio.

LA MANO DE MI ABUELO

☞ Poco antes de morir, mi abuelo me regaló su pluma estilográfica. La guardo sobre mi escritorio —repleto de fetiches y demás objetos en desuso— dentro de un tarro, entre lápices y pinceles. Como casi no la uso, siempre se le seca el punto y el depósito de tinta. Igual que en otras ocasiones, después de posponerlo varias veces, me animé, por fin, a desarmarla; sumergí sus piezas en una solución de agua y vinagre, esperé a que ablandara la tinta, y terminé la limpieza con un trapo de algodón y papel absorbente. Volví a armarla y la llené con tinta azul marino, el mismo color que usaba mi abuelo. Al principio, supuse

que estaría inservible, que habría perdido cualquier posibilidad de funcionar. Luego pensé, que quizá no, y que si volvía a servir, comenzaría a escribir con ella habitualmente, y no sólo por darle uso, sino para tener más presente el recuerdo de mi abuelo.

Creo que el destino de las plumas es escribir, como el de los abuelos contar historias; como creo, también, que ningún duelo puede resolverse del todo, y por eso necesitamos inventar historias y rituales. El caso, es que la pluma volvió a servir, y entonces sucedió algo insólito: noté que mi mano no era mi mano, sino la de mi abuelo, que como yo, era diestro. Me dejó pasmado aquella aparición, y me quedé observando cómo la mano de mi abuelo escribía, sin detenerse de principio a fin, esta historia que ahora lees.

Era, sin duda, la mano de mi abuelo; la misma piel, las mismas manchas. Jamás olvidaría sus manos.

EL VIAJE A CUERNAVACA

☞ Me acuerdo que mi abuelo me llevaba los fines de semana a Cuernavaca, y cada vez que pasábamos por el punto donde se juntan la vieja con la nueva carretera, me decía: “Si en lugar de haber ido por este camino, hubiéramos ido por el otro, ahora mismo nos veríamos pasar y podríamos saludarnos.”

Hace unos meses visité a mis nietas que viven en Cuernavaca desde que murió su padre; mi primogénito. De regreso a México, volví a pasar por el mismo lugar donde mi abuelo decía su ocurrencia. Me detuve a la orilla de la carretera, y lloré —como no lo había hecho antes— por todos mis muertos. Yo no creo en otra vida, pero después de ese desahogo, tengo la esperanza en

el corazón de volver a cruzarme, en algún momento, con los que tanto amé, aunque sea por un instante; y aunque sea, solamente, para decirles ¡adiós, hasta la próxima!

DESPISTADO

☞ Siempre he sido despistado, o desmemoriado, no lo sé. Y si no, vean lo que escribí hace más de treinta años en un cuaderno de viaje: “Tomando un café en el aeropuerto mientras espero el avión a Managua, saludo a un hombre que no logro recordar de donde le conozco. Al poco rato, me percaté de que era el mesero que me estaba atendiendo.”

San Pedro Sula, Honduras, enero de 1979

☞ Recordar es celebrar, pero también una obligación moral para poder contar lo que uno ha vivido y ha aprendido a quienes llegan después.

☞ La memoria es intangible; un esbozo sombrío y cercano de lo que fuimos. Un salto atrás que nunca termina, que ni siquiera puede contarse bien porque la verdad es indescifrable y las cosas sólo se recuerdan como las pensamos, y no como fueron en realidad.

☞ Toda memoria es engañosa. Los recuerdos son maleables y permiten que nuestra imaginación los modifique hasta el pun-

to de confundir los hechos verdaderos. Es imposible saber si lo recordado fue verdad o fue mentira; la historia y la memoria individual son —en mayor o menor grado— inventadas, y por lo tanto, falsas, mentirosas.

☞ La objetividad de los recuerdos es imposible porque no existe una memoria desinteresada.

☞ La memoria no sabe distinguir entre lo memorable y lo que no lo es. A veces los recuerdos son un dulce sueño, a veces, una pesadilla.

☞ Hacer memoria es como hacer gimnasia. Recordar es un buen ejercicio para la salud mental. También, la memoria se fatiga, no quiere ejercitarse y niega todo aquello que nos cansa, que nos duele.

☞ Nunca he sentido nostalgia por el pasado; añoro, eso sí, las emociones pasadas. No es precisamente el aspecto físico o material de los recuerdos lo que extraño, ni determinados momentos o situaciones, sino la sensación y experiencia que originalmente me causaron.

☞ Escarbar en la memoria puede hacer la vida más llevadera. Es una maniobra de supervivencia. Aunque, paradójicamente, sobrevivir también depende de la capacidad de olvidar. Ambas

acciones —recordar y olvidar— son casi siempre inconscientes. La memoria sólo recupera lo que nos conviene, y esconde, prudentemente, aquello que no nos acomoda.

☞ Definitivamente, mi memoria es más visual que conceptual. Y me pregunto: ¿cuántos tipos de memoria existen?

La memoria puede ser personal, histórica, cultural, literaria, filosófica, política, ética, estética, sensorial (táctil, olfativa, auditiva y musical, o “la memoria del paladar”, como decía Luigi Bartolini, autor de la novela *El ladrón de bicicletas*, famosa por la película de Vittorio de Sica), etcétera. Creo que cada cosa tiene su propia memoria, y bien podríamos hablar de la memoria de las cosas; de la memoria de los mares, de la memoria del viento, o, de la memoria del Universo, por ejemplo.

☞ Me ocupo de mis recuerdos para recuperar lo que durante tanto tiempo olvidé. Pero sobre todo, porque sé que tengo una pésima memoria.

☞ Una interminable retahíla de objetos pasan por nosotros en la vida. Son cosas que muestran el paso del tiempo y nos ayudan a recordar. Los objetos son poderosos contenedores de memoria.

☞ El interés que algunos objetos despiertan en nosotros se debe a que nos permiten reconstruir nuestra memoria erosionada por el tiempo. Ciertas cosas, como las fotografías, le dan forma a nuestro pasado.

☞ Para comprendernos mejor, es necesario “hablar” de vez en cuando con los objetos que nos rodean. Es algo así como emprender un viaje lleno de misterio y aventura dentro de nosotros mismos.

☞ Algunas cosas (imágenes, textos, música, ideas) son vestigios de lo que se ha ido; nos muestran lo que fuimos y lo que hicimos. Las conservamos para no olvidar y nos refugiamos en ellas porque nos hacen comprender nuestra experiencia. Gracias a ellas entendemos el mundo; cuidar las cosas y evitar que desaparezcan es importante para preservar nuestra identidad.

☞ Una fotografía atrapa lo perdido. Toda imagen congelada guarda indudablemente un cierto interés enfermizo por el tiempo que se ha ido.

☞ La memoria no es solamente un montón de recuerdos, es también, reflexión, fantasía, punto de vista, esperanza, miedo, intuición, confianza, estado de ánimo, incertidumbre, dolor, emoción...

☞ Una fotografía en blanco y negro permite apreciar mejor el volumen de las cosas.

☞ Un retrato de familia es mucho más que un mundo de parcidos y secretos por descubrir.

☞ Muchas veces la memoria es una especie de ajuste de cuentas con uno mismo.

☞ Toda memoria se hace, se construye desde el presente. Pero para tener memoria, es necesario caminar hacia el futuro, alejarse, tomar distancia y dejar pasar el tiempo; si no existiera esta distancia, no serían recuerdos, estaríamos viviéndolos. Recordar nos permite ubicar el pasado en su preciso lugar, pero también al presente, y, además, nos abre una clara puerta al futuro. Sin memoria no tendríamos pasado, ni presente, ni futuro.

☞ Mi interés por escarbar en la memoria no sólo responde al deseo de comprender mi pasado; es, sobre todo, un reflejo de las enormes ganas que tengo de seguir viviendo.

☞ Recordar —que en su sentido etimológico significa volver a pasar por el corazón— no sólo nos sirve para entendernos a nosotros mismos, también nos ayuda a comprender a los demás.

☞ El olvido es catastrófico, devastador.

☞ Hay olvidos que son una auténtica liberación.

☞ La nostalgia es parte de nuestra existencia. La palabra deriva del griego *nóstos* y *álgos*, que significan: regreso y dolor, res-

pectivamente. Eso quiere decir que ningún recuerdo, ninguna añoranza, nos deja sin marca, sin pesar.

☞ Quisiera encontrar una sola palabra que me hiciera recordarlo todo.

☞ La imaginación suple muchas veces la falta de memoria.

☞ Recordar es un acto que tiene que ver con la voluntad y con la necesidad de cuidar nuestro pequeño mundo íntimo y afectivo. Pero también, con la obligación de preservar nuestro universo colectivo, nuestra historia. En ambos casos, la reconstrucción es siempre subjetiva, y por lo tanto, imprecisa.

☞ Toda percepción del pasado, ya sea imaginaria o real, tiene la misma textura: desvaneciente, nebulosa, intangible, sombría.

☞ Los recuerdos son polvo y viento.

☞ Hay que contar las cosas para que no se olviden.

☞ Añorar la felicidad de la infancia es la forma más común de idealizar nuestro pasado, de asumir la nostalgia por un paraíso que, seguramente, jamás existió.

☞ Olvidar es una triste manera de alejarse de uno mismo.

☞ Olvidar es quedar con nuestra memoria en blanco, y por eso, de lo olvidado, no sé qué decir.

☞ Siempre existe el peligro de sufrir el frío y doloroso soplo del olvido; nada queda a salvo en el frágil cajón de la memoria. Cuando ésta nos falla, quedamos, en definitiva, sin saber bien lo que somos.

☞ Es imposible recordar lo no vivido, lo que nos cuentan los demás. Para recordar debemos de tener la experiencia directa, de primera mano; podemos conocer historias, la Historia misma, pero no, precisamente, recordarlas.

☞ Hasta qué punto puedo seguir llamándole memoria a esta débil y discretísima percepción de huellas, imágenes, nostalgias y sensaciones que tengo. Mi memoria es pésima, y aunque poseo cierto dominio de la palabra, y con ello posibilidades de elaborar relatos, me cuesta demasiado registrar mi pasado. Soy un desmemoriado incapaz de repasar mis experiencias para comprender mejor mi propia vida.

☞ Todas las cosas —a pesar de su aparente banalidad e intrascendencia— sólo existen una vez, en un determinado momento, único e irrepetible.

☞ La memoria se desvanece poco a poco hasta que desaparece completamente.

☞ Es mucho más lo que he olvidado que lo que puedo recordar.

☞ De memoria sólo me sé el padrenuestro y el himno nacional, aunque no crea en Dios, ni en la Patria.

☞ De palabras e imágenes está hecha la frágil estructura sobre la que se asienta la memoria.

☞ Si reviso mi pasado puedo darme cuenta del desorden que ha sido mi vida, y de la enorme cantidad de cosas que he hecho sin ningún valor.

☞ El pasado siempre nos persigue. El peligro es que en algún momento nos alcance.

FRASES ROBADAS

☞ Por la calle oigo a veces fragmentos de conversaciones. Son retazos de diálogos y frases que la gente deja en el aire; palabras sueltas de los demás que escucho por casualidad y que guardo en la memoria como algo muy especial porque me hace pensar e imaginar historias. Aquí algunos ejemplos:

¿En qué momento empezó a cargarnos la chingada? —La verdad, no lo sé, y tampoco me importa demasiado.

¿Es tu prima? —Pues, más o menos.

Créeme, no llego tarde por gusto.

Este fenómeno maravilloso de la muerte, irreplicable, además...

Te faltó decirles que tienes un marido bien cabrón.

Y si no quieres sufrir tanto, ¿por qué no te vas acostumbrando a tolerar todas esas cosas que no te gustan?

Yo no soy pesimista, lo que estoy es amargado.

Perdona que te lo diga hasta ahora, pero es que me acaba de caer el veinte.

Nadie sabe lo que hace, ni lo que quiere.

Nada he hecho de utilidad, ni pienso hacerlo.

Me encanta comprar cosas que no sirven para nada.

¡Ya estoy aburrido de tantas novedades!

Cada día desconfío más de la gente alivianada... ya no creo en ella; tampoco creo en la falsa gentileza mexicana. Muchos mexicanos estamos hartos de vivir en este país, pero a dónde nos vamos.

La verdad, ya me cansé de ser siempre el mismo.

Y por eso pienso así, porque hace mucho que no soy yo.

¿Me perdonas? —Pues, no del todo.

No me acuerdo de mi padre; mi madre no volvió a verlo después de que la embarazó de mí.

Afortunadamente ya superé esa etapa de vivir el conflicto entre moral e instinto.

A mí me gusta sentirme libre y ocupado a la vez.

Todo es nada.

Yo lo que me siento es añoso, no viejo.

Te vas a enfermar si no me dices lo que estás pensando.

Más vale que aprendas a disfrutar de la vida para que no te aburras.

Que viaje la gente buena; la mala, para qué.

Así nunca te vas a realizar.

¿Por qué no te vuelves más contemplativo? —Porque no tengo tiempo, ni dinero para pendejadas.

No seas grosero, ya te dije que no me gustas.

No te preocupes, sólo se trata de un pinche arranque de irritación por culpa de las detestables fiestas navideñas.

La vida nos tira como a una piedra, y así nos vamos, rodando.

En fin, ya veremos como acaba todo esto.

ME ACUERDO

.....

☞ El pintor norteamericano Joe Brainard encontró una fórmula maravillosa para escarbar en la memoria. Con frases sencillas y espontáneas escribió un libro titulado *Me acuerdo*, que rompe con la idea convencional de unas memorias. Sin un orden cronológico, ni temático, Brainard expresó pensamientos que comienzan siempre por Me acuerdo... y terminan con algún recuerdo personal. Esta idea, ha tenido muchos seguidores en el mundo, entre ellos Georges Perec, que define los Me acuerdo... como “pequeños pedazos de cotidianidad que fueron vividos, compartidos y luego olvidados. Sin embargo, de repente regresan (...) Son algo totalmente banal, que por un milagro es arrancado a su insignificancia y reencontrado por un instante, provocando segundos de una impalpable y pequeña nostalgia”. Me lanzo, pues, a imitar el modelo, y a escribir mis propios *Me acuerdo*...

Me acuerdo de cocinar una paella.

*Me acuerdo de darle de comer a unas gaviotas en pleno vuelo.
Fue una mañana, en San Diego, California.*

Me acuerdo de mudarme de casa muchas veces.

Me acuerdo de galopar por una verde pradera saltando unos gruesos troncos.

Me acuerdo de haber colgado un balón por toda la escuadra.

Me acuerdo que el 11.27.93 era el número de teléfono de mis abuelos.

Me acuerdo de jugar a recorrer una larga calle sin poder tocar el piso, colgado de paredes y balcones.

Me acuerdo de romper una piñata en una fiesta.

Me acuerdo de una enorme ola que me revolcó en la playa Condesa, en Acapulco.

Me acuerdo de unos pantalones viejos de cuero, y de una chamarra blanca de loneta con insignias.

Me acuerdo de querer vivir en otra parte.

Me acuerdo de una niña rubia en Guatemala.

Me acuerdo de querer ser famoso.

Me acuerdo de caminar por una cornisa a cuatro pisos de altura.

Me acuerdo de tirarnos piedras con mi hermano.

Me acuerdo de una noche que pase un frío terrible en la cueva de una montaña en La Marquesa.

Me acuerdo de perseguir un sueño, y de un fuerte dolor de piernas, y de muelas.

Me acuerdo de ponerme un uniforme.

Me acuerdo de bailar en una plaza con mi nuera.

Me acuerdo de querer tener cosas que ahora tengo.

Me acuerdo de tocar un enorme tambor en un desfile.

Me acuerdo de una brutal golpiza en la que casi me matan.

Me acuerdo de un gran laurel de la India.

Me acuerdo del olor del perfume de mi abuela.

Me acuerdo de mi madre con gabardina y un sombrero de fieltro Stetson.

Me acuerdo de un flan con nata que comí en “Los dos caballeros” de Castelldefels que me hizo llorar de emoción.

Me acuerdo de torear a mi perrita “Cachi”.

Me acuerdo de haberme soñado volando a ras del suelo.

Me acuerdo de una impresionante granizada cerca de Verona.

Me acuerdo de querer acordarme.

Me acuerdo que antes era muy fácil matar a los mosquitos.

Me acuerdo de ir a comprar pan en bicicleta.

Me acuerdo de haber visto a Jim Hines rompiendo el récord de los 100 metros planos en la Olimpiada de México 68.

Me acuerdo mucho de Julián, de su sonrisa.

Me acuerdo de caerme de un tranvía.

Me acuerdo de un helado y caudaloso río en “Las estacas”

Me acuerdo de escribir una canción.

Me acuerdo del sabor de los “pasteis de Belem”, y de caminar hasta el agotamiento por las empedradas calles de Lisboa.

Me acuerdo de una gran explosión, de una enorme bola de fuego cayendo sobre mi cabeza.

Me acuerdo de atravesar un largo y oscuro pasillo, y de sentir en la espalda un intenso escalofrío.

Me acuerdo de tener 17 años y de elevarme con unos saltos extraordinarios hasta el techo.

Me acuerdo de tenerle mucho miedo a la pobreza.

Me acuerdo de un pueblo minero abandonado.

Me acuerdo de no querer perder lo que tenía.

Me acuerdo de una agotadora caminata. Fue una noche de luna llena en un bosque michoacano.

Me acuerdo de haber sentido tristeza y júbilo a la vez.

Me acuerdo de una absurda borrachera en el pueblo de Nahuatzen.

Me acuerdo de que pude hacer muchas cosas y no las hice.

Me acuerdo de haber visto en persona a Juan Pablo II.

Me acuerdo de haber visto en persona a Fidel Castro.

Me acuerdo de haber querido decir muchas cosas y quedarme callado.

Me acuerdo de haber sentido nostalgia por un pueblo y una tierra que no conocía.

Me acuerdo de haber vivido instantes tristes mezclados con otros que fueron dichosos.

Me acuerdo que por dedicarme a la pintura perdí la oportunidad de tener un trabajo normal.

Me acuerdo de haber sentido vergüenza e incompreensión a la vez.

Me acuerdo de haber tenido una disparatada esperanza.

Me acuerdo de los insultos y regaños de mi maestra Valentina.

Me acuerdo —en una mezcla de pesadilla y fascinación— de una tormenta en la que estuve a punto de naufragar en un pequeño barco. Fue en las caribeñas aguas de la Bahía de Amatique.

Me acuerdo del terremoto de 1957 en la Ciudad de México, cuando "El angelito" de la Independencia se cayó.

Me acuerdo que alguna vez alguien me llamó Tartarín de Tarascón.

Me acuerdo de la película Ben-Hur, y de El planeta de los simios.

Me acuerdo de un mar embravecido embistiendo unas rocas.

Me acuerdo que mojaba la cama mucho tiempo después de lo normal y que mi abuela quería ponerme un sensor de humedad con una campana.

Me acuerdo de haber sido un estudiante irregular, capaz de lo mejor y lo peor.

Me acuerdo de cosas que ya no existen.

Me acuerdo de vagar por una calle oscura, fantasmagórica.

Me acuerdo de haber oído correr unos ratones debajo de mi cama.

Me acuerdo que el amor por mi madre me llevó a rezar por ella.

Me acuerdo de haber vivido con mucha prisa.

Me acuerdo de haber dicho cosas sólo por irritar.

Me acuerdo de haber tenido ganas de salir corriendo, de escapar hasta de lo que más amaba.

Me acuerdo de lo que nunca fui.

Me acuerdo del autocinema de Ciudad Satélite.

Me acuerdo del color dorado de Italia.

Me acuerdo de haber sido feliz sin darme cuenta.

Me acuerdo de soñar me volando a baja altura sobre un mercado de coloridas frutas.

Me acuerdo de interminables momentos de monotonía.

Me acuerdo del día que murió mi madre.

Me acuerdo de cosas que preferiría olvidar.

ÍNDICE

.....

Prólogo	11
Palabra e imagen	13
Series	35
<i>Libertad, justicia democracia</i>	37
<i>Traslaciones</i>	39
<i>La realidad de las cosas o Alicia en país de las maravillas</i>	41
<i>Mapa de ensayos</i>	50
<i>Hallazgos a la deriva</i>	51
<i>Nuevos Hallazgos</i>	54
<i>Referencias</i>	56
<i>Casas</i>	57
<i>Entre la memoria y el olvido</i>	59
<i>Pequeñas memorias</i>	65
<i>Memoria y horizonte</i>	72
<i>Temporada de lluvias</i>	77
<i>De ida y vuelta</i>	78
Mateo Pittore	83

Digresiones, despistes y vaguedades	93
<i>El espacio público en Querétaro</i>	121
<i>La herencia de Manuel Naredo</i>	123
Memoria	127
<i>La mano de mi abuelo</i>	139
<i>El viaje a Cuernavaca</i>	140
<i>Despistado</i>	141
<i>Frases robadas</i>	148
Me acuerdo	153

La memoria de las cosas, de Jordi Boldó, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2012, en Editorial Color, S.A. de C.V., Naranjo 96-Bis. Col. Santa María la Rivera, México, D.F. En su composición se utilizó tipografía Warnock de 9:13, 11:13 y 14 puntos. El tiraje consta de 1000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Francisco Magaña y el autor.

